



Música de  
**Juan Liébanas Reyes**

**SOR PILAR**  
ZARZUELA EN TRES ACTOS

Libro de  
**Jesús Varona y Trigueros**





SOR PILAR  
ZARZUELA EN TRES ACTOS



# SOR PILAR

ZARZUELA EN TRES ACTOS

EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE

JESÚS VARONA Y TRIGUEROS

MÚSICA DE

JUAN LIÉBANAS REYES



VALLADOLID  
Imprenta Castellana  
1936

Esta obra es propiedad de los autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países que hayan celebrado o celebren en lo futuro tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Representantes de la *Sociedad General de Autores de España*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación, si no le lleva expreso de los autores, la Compañía teatral que la incluya en su repertorio.

Los citados representantes de la *Sociedad General de Autores de España*, son los únicos encargados del cobro de los derechos de propiedad y representación

---

*El Autor del libro se reserva todos los derechos de traducción y representación*

---

Ils sont réservés tous les droits de traduction et de reproduction pour tous les pays, y compris la Suède la Norvege et la Hollande.

## PERSONAJES

- ALICIA (Sor Pilar), veinticinco años, tipo pueblerino y elegante; primera tiple.
- ELVIRA, veintiocho años, porte distinguido; segunda tiple.
- PACA, tipo pueblerino, algo tosco en modales y movimientos; viste blusa, falda y delantal; tiple cómica.
- D.<sup>a</sup> BALBINA, cincuenta años, viste de luto con pañuelo negro cruzado sobre el pecho y revela cultura.
- D.<sup>a</sup> MARIA, cincuenta y ocho años, tipo parecido al anterior.
- EUGENIA, cuarenta años, blusa y falda oscura y pañuelo negro atado bajo la barba.
- UNA MOZA, vestida como todo el conjunto; blusa, falda de muchos vuelos y pañuelo cruzado sobre el pecho.
- JULIO, veinticinco años, porte distinguido y elegante; tenor.
- ENRIQUE, treinta y cuatro años, elegante y reposado; barítono.
- RODULFO, veintitrés años, trajes de paño no muy bien confeccionados, movimientos parecidos a los de Paca, lenguaje afectado sin pedantería; tenor cómico.
- TIO CASTO, cuarenta años, traje pardo con ribetes de cinta negra en la americana y bolsillos.
- EL TAMBORILERO, igual tipo que el anterior.
- UN MOZO, como todos los del conjunto, traje burdo de fiesta.

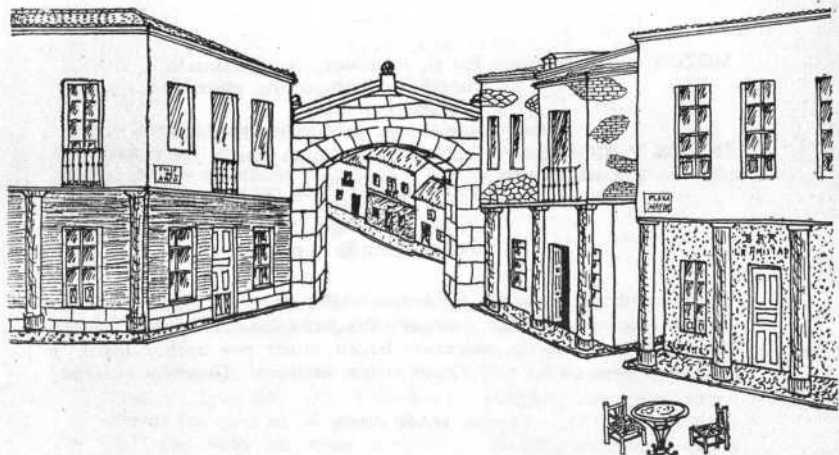
*Aldeanos—Coro general—La acción en Villabuena, pueblo imaginario de la provincia de Valladolid y en 1920*

## REPARTO

*Alicia (Sor Pilar)*.....  
*Elvira* .....  
*Paca* .....  
*D.<sup>a</sup> Balbina* .....  
*D.<sup>a</sup> María* .....  
*Eugenia* .....  
*Una moza* .....  
*Monja 1.<sup>a</sup>* .....  
*Monja 2.<sup>a</sup>* .....  
*Monja 3.<sup>a</sup>* .....  
*Julio* .....  
*Enrique* .....  
*Rodulfo* .....  
*Tío Casto* .....  
*El tamborilero* .....  
*Un mozo* .....

*Aldeanos y coro general*





## ACTO PRIMERO

*DECORACION.*—Plaza de un pueblo vallisoletano. Al fondo una calle con soportales a ambos lados que se extienden hasta los laterales. A la izquierda los soportales del Ayuntamiento y Escuelas. A la derecha los soportales del café-bar y casas particulares, en una de las cuales habrá una ventana practicable, domicilio de Alicia. Junto al telón del foro y detrás de él calles que salen de la plaza al pueblo, y lo mismo en la embocadura.

*ESCENA.*—Son las cinco de la tarde, de un día de otoño, y las mozas y mozos bailan la rueda final de la primera parte del baile dominguero al son de la dulzaina y del tamboril. Finalizada la rueda...

MOZOS.—¡Bien por el tío Casto! ¡Que usted descanse, que bien se lo ha ganado.

TIO CASTO.—¡Eh, alto ahí! Falta la tonadilla.

MOZAS.—Eso es. ¡Venga ya! ¡Viva el tío Casto!...

MOZOS.—(Levantando los brazos). ¡Viva el tío Casto!

### MUSICA

(La dulzaina acompaña a la orquesta y Alicia sale y observa)

MOZOS.—(Bailan). Los mozos de la ribera festejan siempre bien a sus mozas, las bailan y las obsequian por ser garridas, por ser hermosas.

MOZAS.—(Bailan). La dulzaina es nuestro encanto en estas tardes tan domingueras, por ello ansiamos tanto que no hagan uso de la manquera.

MOZOS.--(*Uno a una*). En ti, mi amor, voy pensando  
cuando al campo me encamino,  
y regreso deseando

MOZOS Y MOZAS.— que venga pronto el domingo.  
Cuando la dulzaina suena  
veo a mi mozo la cara.  
moza  
¡Ojalá domingo fuera  
toda entera la semana!

*(Siguen mozos y mozas su broma; ellas pegando papeles en las espaldas de ellos y éstos quitando los pañuelos a ellas para ponerse atados al cuello, mientras hacen mutis por ambos lados, y detrás de ellos Casto y el Tamborilero, mientras Alicia les observa)*

#### HABLADO

ALICIA.—¡Qué alegría les invade!... ¡Cómo disfrutan! Así debe ser la vida... ¡Quién pudiera como ellos, reír, gozar, disfrutar de estas tardes domingueras!... Pero no existe la alegría para mí... Para mí no existe la alegría... Para mí no hay felicidad... Para mí no hay más que tedio... Todo es tristeza y dolor. Enrique... ¿por qué me enamoré de ti?

#### MUSICA

ALICIA.-- Las notas de la dulzaina  
suenan siempre diferentes,  
según se encuentre nuestra alma  
nos cansan o nos divierten.

Yo que otros días  
con sus chillidos me divertía,  
hoy me mareo  
con ese ruido y ese jaleo.

Me parece mentira  
que se diviertan,  
con saltar y dar gritos  
y tantas vueltas. (*Entra Julio en escena y observa a Alicia*).

Quisiera como otras veces  
formar parte de la rueda,  
pero nunca estoy alegre  
y la desgracia parece que me acecha.

Yo sufro tanto,  
que me entristecen risas o llantos.  
¡Ah! Quién pudiera  
ser moza alegre de la ribera.

HABLADO

JULIO.—¡ Alicia !

ALICIA.—¡ Julio !... ¡ Dichosos los ojos ! Ya casi te conozco, chico.

JULIO.—Acabo de llegar en este momento, y... antes de ver a mi madre me encuentro contigo...

ALICIA.—Sigue rápido a tu casa; estará mi tía impaciente.

JULIO.—A ti quería ver cuanto antes... La ocasión no puede ser más propicia, chica...

ALICIA.—Tu madre, Julio. Para un buen hijo, como tú, primero es la madre.

JULIO.—Para mí, Alicia, primero eres tú. (*Mira a ambos lados*).

Y para ti, primita guapa, no he de tener secretos...

ALICIA.—¿ Qué quieres decir, Julio ?

JULIO.—Que te quiero, Alicia... Que he de romper este silencio que me trastorna... Que...

ALICIA.—(*Asombrada*). ¡ Julio !... ¡ Pero !...

JULIO.—Que te amo; que te idolatro;... que te he amado siempre... y que si nada te dije hasta hoy fué por cobardía... y porque habiendo vivido siempre juntos, siempre te consideré como a una hermana.

ALICIA.—Y así debes quererme, Julio; como a una hermana.

JULIO.—No; Alicia. Como a una hermaan, no. Más tiempo así, no... He callado hasta ahora, porque nada podía ofrecerte...

Hoy, emancipado ya, quiero ofrecerte mi carrera, mi vida... mi ser...

ALICIA.—¡ Julio !...

JULIO.—Te quiero, Alicia... Vengo dispuesto a que me escuches... a que me atiendas... a que seas mía... mía para siempre...

ALICIA.—No sigas, Julio, no sigas; que me haces aún más desgraciada... No puedo ser tuya...

JULIO.—¿ Por qué no?... Nos conocemos desde niños; nos hemos criado juntos y conocemos nuestros defectos... nuestras costumbres... nuestras inclinaciones... Tengo la seguridad de que a tu lado seré feliz... ¡ Alicia ! ¿ Qué es lo que puede impedir que seamos el uno del otro? ¿ Quién puede estorbarlo?...

ALICIA.—No insistas, Julio; te ruego que no insistas... que me escuches sin indignarte conmigo, Julio... ¡ Sé razonable, Julio !...

JULIO.—¡ Alicia !... ¿ Qué indican tus palabras?... ¿ Qué quieres decir, que me das miedo ?

ALICIA.—(*Ruborizándose*). Que no puedo ser tuya... ¡ Julio !... Lo impide mi corazón... amo a otro hombre...

JULIO.—(*Suplicante y tomándola de las manos*). ¡ Alicia !... ¡ Alicia !... Fuiste mi ilusión de niño... De mayor, mi ilusión fuiste... Tu imagen fué conmigo a todas partes... Siempre te llevé en mi pecho... Tú has guiado mis pasos y mis estudios... Por ti he aprovechado el tiempo y he llegado al fin de mi carrera... Por ti he abierto la consulta y por ti han sido todos mis sacrificios, Alicia. Por ti vuelvo ufano a mi pue-

blo... y es el fuego de mi pasión el que me trae a ti en espera de que escuches mis frases de amor... ¡Alicia! ¡Alicia mía!...

ALICIA.—No me atormentes, Julio... Te quiero... mas como a un hermano. No puedo quererte de otra manera...

JULIO.—¡Alicia!

ALICIA.—Quisiera verte con semblante distinto... y debes...

JULIO.—Debes atenderme, Alicia.

ALICIA.—Por mi parte, te daría esperanzas, pero sería en vano... No quiero engañarte, Julio; no puedo ofrecerte mi amor... Si otra cosa te dijera, mentiría... no puedo ser tuya.

MUSICA

JULIO.—(*Seguro de que solamente Alicia le escucha*).

No puedes comprender, Alicia mía,  
el daño que infiltras en mi corazón;  
has truncado juventud y alegría  
rechazando mi ardiente pasión.

Viví confiado

que tú me querías,  
jamás he pensado, que no me amarías.

ALICIA.— No sigas, calla Julio, que me apena,  
oírte que, de veras, tú me quieres,  
porque ese amor es mi mayor condena  
de no ser yo cual las demás mujeres.

Yo no supe nunca

que tú me querías,  
jamás he pensado, que tú me amarías.

JULIO (*Hablado sobre la música*). ¿No te dijeron que nuestra  
unión habría de verificarse?

ALICIA.—(*Hablado sobre la música*). ¿Y quién se atrevería a  
afirmarlo?

JULIO.—¡Nuestros padres!

ALICIA.—¿Nuestros padres?

JULIO.—(*Cantando*). Al morir, nuestros padres confiaban

que sería común nuestro destino,  
Alicia; tus caricias esperaba  
y te encuentro recorriendo otro camino.

Ten siempre presente—que yo te he querido,  
que mi pecho guarda—amor, nunca olvido.  
Destrozas mi alma—con ese desvío  
y aun sigo diciendo: —¡Alicia! ¡Amor mío!

ALICIA.—

Si al morir, nuestros padres confiaban  
que sería común nuestro destino,  
supone que al amor se le ignoraba,  
y los padres nos marcaban el camino.

Yo siempre te quise—con amor sincero,  
cariño de hermana—amor verdadero;  
pero hoy no me pidas—que te haga feliz.  
Amar cual deseas—sería morir.

LOS DOS

ELLA.

Pero hoy no me pidas  
mi amor y mi fe  
que no puedo mandarle yo misma  
al querer

EL.

Alicia querida  
yo no olvidaré  
que tu eres mi amor y mi vida.  
y mi ser.

HABLADO

*(Julio y Alicia quedan pensativos unos instantes, y mientras Julio permanece cabizbajo sentado junto a un velador, dice Alicia)*

ALICIA.—Bueno; dejemos esto, Julio... A ver, cuéntame, cuéntame... ¿Qué hay por Valladolid? ¿Siguen los pollos arrastrando los pies en el paseo de la Acera?... *(Pausa)*. Conque ¿ya eres todo un señor médico?... Habrás estudiado día y noche para hacerlo en tan poco tiempo... *(Pausa)*. ¡Hay que ver el tiempo que has estado sin venir... y sin acordarte del pueblo, ni de los amigos... ni de mamá... Está muy conservada mi mamá... Como que todo el mundo pregunta si es hermana mía... *(Pausa)*. ¡Ah, oye!... ¿Terminó la carrera el pobre Germán, el de Roturas?... Pobre chico; todos los años le suspenden... *(Pausa, sigue Julio mirando al suelo y Alicia, intentando distraerle)*. ¡Ah!... ¿A que no sabes quién ha pasado aquí el verano?... Carlos, el hijo de don Porfirio, el maestro de Sardón... Ah, hijo; está hecho un hombrote... ya casi un ingeniero... dice que en el próximo Mayo termina... El jueves marchó a Madrid para...

JULIO.—*(Saliendo de su sopor y levantándose)*. ¡Basta, Alicia; basta! No trates de distraerme... Yo vengo a revelarte mis pensamientos, ya que no lo supe hacer antes de ahora... No vengo a hablarte de nadie, ni de mi vida pasada... Vengo a decirte cómo deseo que sea nuestra vida futura... Vengo a decirte que toda mi ilusión está en...

ALICIA.—¿Otra vez, Julio?

JULIO.—Otra vez, Alicia. Y cien veces. ¡Y mil veces, Alicia!... He venido a verte, a hablarte... luego a ver a mi madre...

ALICIA.—Eso es; a tu madre, que debe ser la primera... si no es la única.

JULIO.—*(Suplicante)*. ¡Alicia!

ALICIA.—¡No lo pienses más, Julio! *(Alejándose, mientras Julio la sigue con la mirada)*. Tú y yo como hermanos... Luego nos veremos, ¿verdad?... ¿Vendrás luego a casa... ¿eh?... Hasta luego... ¡Como hermanos!... *(Mutis de Alicia)*. *(Entra Paca)*.

PACA.—*(Entrando)*. ¡Señorito Julio!

JULIO.—¡Hola, Paca!

PACA.—¡Cuánto tiempo!... ¿Cuándo ha venido?... ¡Qué guapo está!...

JULIO.—¿Son piropos, mocita?

PACA.—No, señorito... Pero estoy segura de que se le rifan toas las mozas de Valladolid... ¡cómo si lo viera!

JULIO.—No es para tanto, Paca.

PACA.—No hay mozos más guapos ni mejor plantaos que los de Villabuena... Los choperos son los mozos más salaos de la ribera baja del Duero.

JULIO.—Que les miras con buenos ojos...

PACA.—Que lo son, señorito Julio... ¡Miá que mi Rodulfo!...

JULIO.—¿El de tío Clementino?

PACA.—El mismo, señorito.

JULIO.—Buen muchacho te festeja. Noblote, trabajador, amigo de las letras... ¡Buen partido para ti!... Te felicito, Paca.

PACA.—Y que lo diga, señorito... Rodulfo, no es que sea mi novio, pero, es mu leído y mu educao... ¡Sabe unas cosas... y nos queremos... ¡Uy, lo que nos queremos!... (*Mueve la mano indicando mucho*).

JULIO.—¿A qué se dedica?

PACA.—No sé qué es lo que es en la botica de don Enrique... Lleva las boticas a los enfermos y despacha algunas recetas. Nos vamos a casar pronto... ¿sabe?... Y usted... ¿qué?; ¿ha venido a por su media naranja?... ¡Ya la tendrá allá en Valladolid!... Y será mu guapa... ¿verdá usted?... porque en la ciudad se arreglan más.

JULIO.—No; no tengo novia. He venido a buscarla aquí.

PACA.—Mu bien hecho. La mejor novia es la más conocía. Y los de Villabuena deben escoger en Villabuena... y no casarse con extrañas y señorítingas que se pintan pa agradar...

JULIO.—Pero la en que yo pensaba, me ha dicho hace un momento, que me quiere, pero no para casarse conmigo.

PACA.—¿Está comprometía?

JULIO.—Eso me ha dicho...

PACA.—¡Andá! ¿y quién es ella?

JULIO.—Mi prima Alicia.

PACA.—¡Ja, ja, ja!... Pero... si mi señorita no tié novio.

JULIO.—(*Esperanzado de nuevo*). ¿Qué dices, Paca?

PACA.—Lo que usted oye, señorito. Que su prima no tié novio.

JULIO.—¿Es verdad eso, Paca?... ¡No atormentes mi cerebro! Ella misma me ha confesado que sí...

PACA.—¡Pues le ha engañado, señorito! Mi señorita no tié novio. Ya hace algún tiempo que no sale apenas de casa, ni baila, ni la festeja nadie... ¡si lo sabré o, señorito!

JULIO.—¡Calla, calla, Paca!... Te creo. (*Aparte*). ¿Por qué ha mentido?... Amo a otro hombre, dijo... Luego nos veremos... ¡Como hermanos!... (*a Paca*). ¿No recibe visitas tu señorita?

PACA.—Pocas; Únicamente la familia del boticario... la del maestro... y la del tío Epifanio.

JULIO.—Y cartas, ¿recibe muchas?

PACA.—Que no, señorito. Que no tié novio. (*Le toca en brazo al accionar*). ¡Si lo sabré o, señorito! (*Entra Rodulfo por la*

- izquierda del foro y se extraña de ver a Paca en tono familiar con Julio, al que Rodolfo ve de espaldas. Paca ve a Rodolfo y le dice seguidamente). Llegas que ni pintao, Rodolfo.*
- JULIO.—*(Volviéndose y tendiendo la mano a Rodolfo)*. ¡Hola, Rodolfo! ¿Cómo estás?
- RODULFO.—*(Tranquilo al ver y reconocer a Julio)*. Mu bien, don Julio. ¿Usted por Villabuena?
- JULIO.—¿Ya era hora, verdad?
- RODULFO.—¡Hom...bré!... Qué; ¿una temporaíta por aquí?
- JULIO.—Mira... según vayan mis asuntos...
- RODULFO.—¿Sus asuntos?... ¡Ah... ya! La titular... ¿Viene usted a por la titular?
- JULIO.—No me interesa la titular de Villabuena.
- RODULFO.—Pues han agrandao el Cementerio.
- JULIO.—Yo me he establecido en Valladolid... pero a Villabuena me trae otra cosa...
- RODULFO.—Ya me dijeron que terminó usted la carrera... ¡Quién podía estudiar... Con lo que a mí me gusta leer!... ¿Y se pué saber qué asuntos trae a su pueblo?...
- JULIO.—Hombre, sí...
- RODULFO.—¡Ah; no me diga usted más!... A buscar la... costilla, ¿no?
- JULIO.—Eres más listo que yo. Lo has adivinado.
- RODULFO.—¿Quién es la elegida?
- JULIO.—La que no quiere escucharme. La que me dice que no puede ser mía. La que tiene novio, y... Pero Paca me dice que me está engañando...
- RODULFO.—¿Pero quién es ella?
- PACA.—¡Mi señorita; ya ves tú! Mi señorita que le ha dicho al señorito Julio, que ya tié novio.
- RODULFO.—¿Que tié novio? *(Frunce el ceño y tuerce los labios)*. ¿Que tié novio la señorita?... Mu en secreto tié que ser pa que en el pueblo no se sepa.
- JULIO.—Hombre. No todo se va a saber en el pueblo... Suponte que él no está en el pueblo, que vive fuera y que solamente se escriben...
- PACA.—Con lo cotilla y chismoso que es el peatón.
- RODULFO.—Y lo requetebién que abre las cartas.
- JULIO.—¿Pero eso es posible?
- PACA.—¡Buenó!...
- RODULFO.—¡Andá;... Le dan el correo en Peñafiel, y al repararlo aquí va diciendo a los vecinos lo que les train las cartas.
- JULIO.—Pero...
- RODULFO.—*(Despreocupado)*. Al hervor del puchero se abren mu bien. Y cuando va pa Campaspero hace lo mismo...
- JULIO.—Eso no se debe hacer. La correspondencia debe ser respetada y está prohibido violarla.
- RODULFO.—¡Déjese usted de violas! Siempre es una comodiá saber lo que dice la correspondencia antes de abrirla.
- JULIO.—Así que...
- PACA.—¡Que no señor! Que si mi ama tuviá novio, lo sabía

tóol pueblo antes que ella. Ya nos lu hubiá dicho el cartero.

¡No que no!

JULIO.—Paca; pero eso...

PACA.—La verdá.

JULIO.—(*Mirando a Rodulfo*). Pero eso...

RODULFO.—El evangelio, señorito. Además, como aquí no hay cines, ni teatros, nos entretenemos en saber lo que hacen los demás vecinos y criticarlo.

JULIO.—¿Y de Alicia?...

RODULFO.—Que nada se dice, ni se ha dicho.

PACA.—Ya se lo he dicho antes, señorito. ¿Quiere que le regalemos el oído? Pues llamaremos al tío Casto y se lo repetirá con charambita.

JULIO.—(*Después de una pequeña pausa en que permaneció pensativo*). Muchas gracias, pareja... Voy a ver a mi madre... Que seáis tan felices como me lo hacéis ser con vuestras palabras... Hasta luego. (*Dándoles la mano*). Hasta luego.

ROD. y PACA.—Adiós, señorito. Hasta luego. (*Se quedan mirándole*).

JULIO.—(*Saliendo y aparte*). Luego nos veremos... Como hermanos.

RODULFO.—(*Moviendo conmisericordias la cabeza*). ¡Pobrito! (*A Paca*). Va más contento que la charanga. La esperanza hace feliz al hombre, dice mi amo.

PACA.—Y es verdad... Pero si le hubiás visto endenantes... Estaba tan triste que...

RODULFO.—Que hubiás dao dos cates a tu señorita de buena gana, ¿no?

PACA.—Ya lo creo... Pero ella no tié la culpa de que la quiera el señorito.

RODULFO.—Y le engaña djiéndole que tié novio siendo mentira... ¿De quién es la culpa? De toas las mujeres es la culpa de que pasen penas los hombres.

PACA.—¿Nuestra?

RODULFO.—Sí, vuestra... Que decís que tenís amoríos pa encellar a los hombres y hacerles sufrir y luego es una mentira mayor que la torre... ¿Creís que eso os favorece? ¡Pues no!

PACA.—Yo no te hice sufrir... no te engañé.

RODULFO.—¿Con que no?

PACA.—Y no.

#### MUSICA

RODULFO.— Tú me dijiste Paca, cuando te quise que en amores estabas con el Felipe.

PACA.— Si no era cierto, si no era cierto, fué porque me pillaste

sola en el huerto, sola en el huerto.

Quando una moza sufre de mal de amores al festejarla olvida los sinsabores.

RODULFO.— Pero tu, ingrata, por lo que fuera, me diste calabazas a la primera, a la primera.



PACA.— Si habla la moza, de amor, por primera vez se ruboriza, lo debes de comprender.

Por eso Rodulfo, por eso te dije que lo pensaras bien: que no prosiguieras, que con el Felipe yo tenía que ver.

RODULFO.— Que era mentira, mu bien, lo sabía yo; tú deseabas que a ti te hablase de amor.

Y es que las mocitas sois mu retrecheras mu... atontás del tó, que hacéis aspavientos cuando se os requiebra con verdadero amor.

RODULFO.— Tiés que decir a tu ama que yo te quiero y que hemos de casarnos pal mes de Enero.

PACA.— Estoy segura, si se lo digo me suelta de repente fuerte bufido, fuerte bufido.

Mi ama está siempre triste, siempre aburrida la temo más que a un toro de las corridas.

RODULFO.— Pues no sías paya, date ya el piro tú debes desde ahora, vivir conmigo, vivir conmigo.

PACA.— Mira Rodulfo, que tienes que pensar bien, si te propasas, mu pronto te dejaré.

A mí no me engañas, con palabras vanas ni con tu relumbrón, y lo que me digas ha de ser pensado sin segunda intención.

RODULFO.— Eres astuta, capaz de malhumorar; por tus listezas nos vamos a pelear.

LOS DOS.— Lo que yo te he dicho, no era nada malo ni íba con intención

Pero te adelantas igual que el almendro y te se cae la flor.

#### HABLADO

ALICIA.—(Se ha asomado al balcón o ventana, a la mitad del dueto cómico).

RODULFO.—¡ Bueno, bueno; a lo que venía!... ¿Sigue tu ama con el berrinche?... ¿Cuándo va a consentir que nos veamos una hora al día?... ¿O quiere que la lleve al Juroo Mixto?

PACA.—¿ Al Juroo Mixto?... ¿Y eso qué es?

RODULFO.—Un organismo parietario, que vas allí... pides una re...vindicación, y... como siempre tiés razón, pues... pues hay que dártela.

PACA.—Una reivindicación... ¿Que siempre tengo razón?

RODULFO.—Siempre.

PACA.—¡ Ay Rodulfo; que lees muchas bobás y aluego no entiendes el pisto que haces con ellas.

RODULFO.—Escucha, y no seas alfabeta.

PACA.—¿Alfabeta yo? Mira... no me insultes, que te va a salir peor la cuenta.

RODULFO.—Escucha y calla. El Juroo Mixto es un jurao como... un jurao parecido a... bueno; un jurao que... ¡eso! un jurao, ¿no lo entiendes?

PACA.—¡Ni pinta!

RODULFO.—Verás... ¿Has visto alguna vez reunidos a los del Ayuntamiento?

PACA.—Pocas veces, pero algunas.

RODULFO.—¿No te has fijao que siempre tié razón el alcalde?

PACA.—Pa eso es el alcalde.

RODULFO.—Pues en el Juroo Mixto se juntan unos hombres, patronos y obreros para defender los derechos de los trabajadores, y los obreros siempre tién razón.

PACA.—Y a esos, ¿qué les importa lo de los demás?

RODULFO.—¡Cuándo yo digo que eres alfabeta!... Todos los trabajadores disponen de un tribunal para que se respeten sus derechos. Y nosotros tenemos derecho a una semana de descanso con toa la paga. (*Paca aprueba con la cabeza*). Y tú tiés derecho a que la señorita te dé una hora todos los días para hablar conmigo y salir todos los domingos.

PACA.—Eso está muy bien; si señor.

RODULFO.—Pues si la señorita no te deja salir una hora toos los días... lo mando a decir al Juroo Mixto y te tié que dar la hora a la fuerza... ¿Sabes ya?

PACA.—(*Pensativa*). Y luego me desecha...

RODULFO.—Y el Juroo Mixto la condena a admitirte a la fuerba.

PACA.—(*Pensativa*). Ya... ya... sí...

RODULFO.—Y a pagarte los días que estés sin colocación.

PACA.—Sí... pero...

RODULFO.—Conque... ¿qué hacemos... se lo dices tú o la denuncia yo? A ver si revienta de una vez la... señorita amargada...

ALICIA.—(*Desde la ventana hace muecas de disgusto*).

PACA.—(*Pensativa*). Mira, Rodulfo; no quiero dar disgustos a mi señorita. O se lo diré, por las buenas sin que lleve mal rato.

RODULFO.—Y ya lo sabes; si no te deja libre los ratos que debes estar conmigo, al Juroo Mixto.

PACA.—No, no; Rodulfo, eso...

RODULFO.—¿Ves yo? Pues le dije a don Enrique, dije... digo, a mi me da usted las ocho horas, ya esté a recaos o en la botica; la semana de permiso, una gratificación por el Agosto del verano, y además me enseña a preparar recetas...

PACA.—Desigente, y que te dé de comer, que te laven la ropa, te den cama limpia todas las semanas, te vistan de señorito... con trajes del amo, y... que te sienten en un queso mientras muerdes en el otro. Y después, que te regale la botica. ¿No es eso? ¡Vaya unas leyes! (*Alicia aprueba con signos*).

RODULFO.—¡Oye, oye; que las leyes no las he hecho yo!...

- Y no seas retrógrada, mientras nos dan lo que pedimos, sigamos pidiendo.
- ALICIA.—(*Desde la ventana*). Y contra el vicio de pedir, la virtud de no dar... (*La miran los dos*). ¡Paca, a tus labores, y no gastes tanto tiempo para ir a un recado.
- PACA.—(*A Rodulfo*). ¿Lo ves? Hoy me desecha, y por tu culpa.
- RODULFO.—Y te tié que volver a admitir a la fuerza y abonarte los días de paro forzoso...
- PACA.—Pero, ¿qué dicees? ¿qué dices?
- ALICIA.—(*Saliendo*). Que no pierdas la costumbre de llevar la cesta, aunque vayas al estanco a por cerillas.
- PACA.—(*Azorada*). Es que... llevando siempre la cesta, no saben las curiosas a dónde voy ni lo que traigo.
- ALICIA.—¡Espabila! ¡A tus labores!... ¡La hora que es y no has terminado aún! ¡Que no te vuelva a ver de palique con este...
- RODULFO.—No se enfade, señorita Alicia; es que... mire.
- ALICIA.—Nada tengo que mirar. Tú me entretienes a Paca embobándola con tu labia y con tus mal digeridas lecturas...
- PACA.—¡Señorita, si es que me decía!...
- ALICIA.—Ya lo he oído. Anda adentro.
- PACA.—Sí, señorita. (*Mutis, entra en casa de Alicia*).
- ALICIA.—(*A Rodulfo*). No la despido porque es buena como ella sola.
- RODULFO.—Mire señorita; es que nos vamos a casar en seguida y... ¡claro!... es natural que tengamos que vernos todos los días una hora diaria y... que queramos estar siempre juntos.
- ALICIA.—¿Tan adelantado va eso?
- RODULFO.—(*Con la vista baja*). Sí, señorita.
- ALICIA.—Eso es distinto. No hay más remedio que procuraros una hora diaria para que os veáis.
- RODULFO.—¡Ay, gracias, señorita! Si yo he dicho siempre que es usted la señorita más buena de la ribera baja.
- ALICIA.—(*Riendo*). Pero hay que ganarlo.
- RODULFO.—¿Y qué hay que hacer?
- ALICIA.—Primero... (*con sorna*) írte al Jrao Mixto.
- RODULFO.—(*Suplicante*). No se burle de mi, señorita. ¿Qué hay que hacer?
- ALICIA.—Poco. Dar esta carta a tu amo, sin que nadie más que él se entere. (*Le entrega una carta que sacó del pecho*).
- RODULFO.—(*Tomando la carta*). Eso es muy sencillo.
- ALICIA.—Pues discreción y cuenta con mi ayuda.
- RODULFO.—Gracias, señorita. (*Huele la carta que está perfumada y da vueltas al sobre que no está escrito*). ¿No lleva señas?
- ALICIA.—(*Viendo a don Enrique acercarse a una mesa del Bar*). Guarda esa carta y que el destinatario la tenga pronto en su poder. Ahí le tienes. (*Mutis, rápido, a su casa*).
- RODULFO.—(*Se aleja del bar y al guardar la carta en el bolsillo de la americana, la deja caer en el suelo*). (*Aparte*). ¿Y cómo le digo que la señorita le escribe?...

DON ENRIQUE.—¿Pero qué haces aquí, Rodulfo?

RODULFO.—Pues verá usted... (*Aparte*). Pero no... (*A don Enrique*) Venía a decirle que Paca y yo queremos casarnos en seguida.

ENRIQUE.—Y me parece muy bien.

RODULFO.—Pero la señorita Alicia no quiere que nos veamos más que con una condición. (*Busca la carta y no la encuentra en ningún bolsillo*).

ENRIQUE.—¿Qué condición?

RODULFO.—(*Sigue registrándose los bolsillos sin resultado*). Que usted me dé permiso para ver a Paca toos los días... (*Mira hacia atrás y ve la carta en el suelo sin atreverse a ir a recogerla*).

ENRIQUE.—(*Riéndose*). Cuenta con el permiso, hombre.

RODULFO.—Y además me ha... dicho que... (*Sale Paca a un recado atravesando la escena y se lleva la carta que recoge del suelo*).

ENRIQUE.—Acaba pronto, que tienes que irte a la botica.

RODULFO.—(*Al no ver la carta en el suelo*). Que la pida usted permiso a la señorita Alicia para que deje salir a Paca.

ENRIQUE.—Que la pida yo?...

RODULFO.—(*Saliendo del apuro*). Si señor. Dice que así sabe ciertamente que usted me autoriza, y que si no lo hace usted así, es que no me da el permiso a mí, y ella a Paca tampoco la deja.

ENRIQUE.—Vete tranquilo; se lo diré a la señorita.

RODULFO.—Tranquilo, no. (*Mira a donde cayó la carta*). Es difícil que aún así lo autorice.

ENRIQUE.—Bien; haré lo que pueda. Ve a la botica, que no tardarán en bajar de los Piñeles.

RODULFO.—Si señor; voy corriendo. (*Mutis por el foro*).

ENRIQUE.—¡Qué caprichosas son todas las damas!... En fin. (*Mirando a la ventana de Alicia que sigue abierta*). ¡Alicia! ¡Alicia!

ALICIA.—(*Saliendo a escena y creyendo que Enrique ha leído la carta*). (*Aparte*). ¡Por fin! (*A Enrique*). ¿Llamabas?

ENRIQUE.—(*Sonriendo*). Si; tengo que pedirte un favor.

ALICIA.—(*Satisfecha*). ¿Tú a mí un favor? (*Muy complaciente*). ¿En qué puedo serle útil al señor?

ENRIQUE.—No es para mí el favor que voy a pedirte; es para Paca y Rodulfo.

ALICIA.—(*Decepcionada*). ¿Para ellos?

ENRIQUE.—Acaba de indicarme Rodulfo que tiene bastante adelantadas sus relaciones con Paca.

ALICIA.—(*Disgustada*). Y ¿qué tengo yo que ver con eso?

ENRIQUE.—Que por lo que dice, prohibes a su novia que hable con él.

ALICIA.—¿Yo?

ENRIQUE.—Sí, mo permitiéndola un rato libre para que se vean y se hablen... Sé razonable... todo se lo merece quien es bueno y ama con fe.

ALICIA.—Voy a ser razonable... y franca contigo, Enrique. Me da envidia que Paca ha logrado sus amores y no pueda alcanzar yo lo que mi corazón desea... un imposible.

ENRIQUE.—No existe lo imposible cuando se quiere de veras. Precisamente lo difícil se ansía con mayor fuerza. ¿Quién perturba tu sueño?

ALICIA.—No puedo decirlo. (*Insinuándose con él*). Es un imposible lo que pretende mi amor... Si tú supieras... (*Melancólica y romántica*). Le veo siempre cerca de mí, le sigo con el pensamiento todos sus pasos, procuro verle todos los días... (*acercándose más a él*) y no puedo hacerme la idea de que su corazón pertenece a otra mujer...

ENRIQUE.—¡Chiquilla!... Eres una chiquilla aún. Desecha esas quimeras; espera que soliciten tu amor... y luego, adora con toda tu alma (*la toma las manos*) al feliz mortal que tenga la dicha de ser correspondido por ti. (*Va a entrar Julio en escena y al principio de ella se detiene y dice:*)

JULIO.—¿Será él? (*Mutis de Julio*).

ALICIA.—¡Ay, Enrique, qué desgraciada soy! ¡Qué triste es vivir así!

ENRIQUE.—¡Bah, bah! Tontuela. Olvida todo eso y a vivir tranquila. Ya obtendrás lo que deseas.

ALICIA.—Te equivocas, Enrique. No alcanzaré nunca lo que deseo y por lo que sufro en silencio. (*Mutis de Alicia a su casa*).

ENRIQUE.—(*Siguiéndola con la mirada*). ¡Pobre Alicia! Acaso su posición social es la causa de su tortura. Y siempre la eterna canción... la categoría, el interés... el tener que casarse con uno de su igual... (*Inicia el mutis por lateral derecha*). ¡Amor! ¡Amor! ¡Cómo te ensañas en los corazones que permiten tu entrada! ¡No hagas sufrir más a Alicia... Déjala vivir! (*Mutis de Enrique*).

JULIO.—(*Vuelve Julio por la derecha, rodeado de mozos y mozas y seguidos del tío Casto y Tamborilero*). ¡Por fin veo logradas mis ilusiones! ¡Ojalá tenga suerte con la consulta! ¡Quiero suerte para conquistar la fama!

UN MOZO.—La tendrás. Los chóperos siempre la han tenido en su tierra y fuera de ella.

UNA MOZA.—Y Valladolid, es nuestra provincia; nuestra tierra.

JULIO.—¡Valladolid!; antigua corte de España; ciudad ideal, de noble abolengo castellano... Arcano de nobleza e hidalguía... ¡Valladolid!...; símbolo de una patria inmortal!... (*Mirando al cielo*). ¡Sigue, Valladolid; sigue tu ejecutoria, limpia, heroica, abnegada, altruista!... Todo lo diste en honor de la patria excelsa...

UNA MOZA.—¿Estás enamorado de Valladolid, chico?

JULIO.—Si no fuera mi provincia, desearía haber nacido en ella, y cantar sus glorias como Zorrilla, y Ferrari, y Núñez de Arce, y Miguel de los Santos, y Leopoldo Cano... ¡Valladolid!... ¡Centro natural de Castilla!... ¡Pincia ideal!... ¡Noble provincia castellana y española!

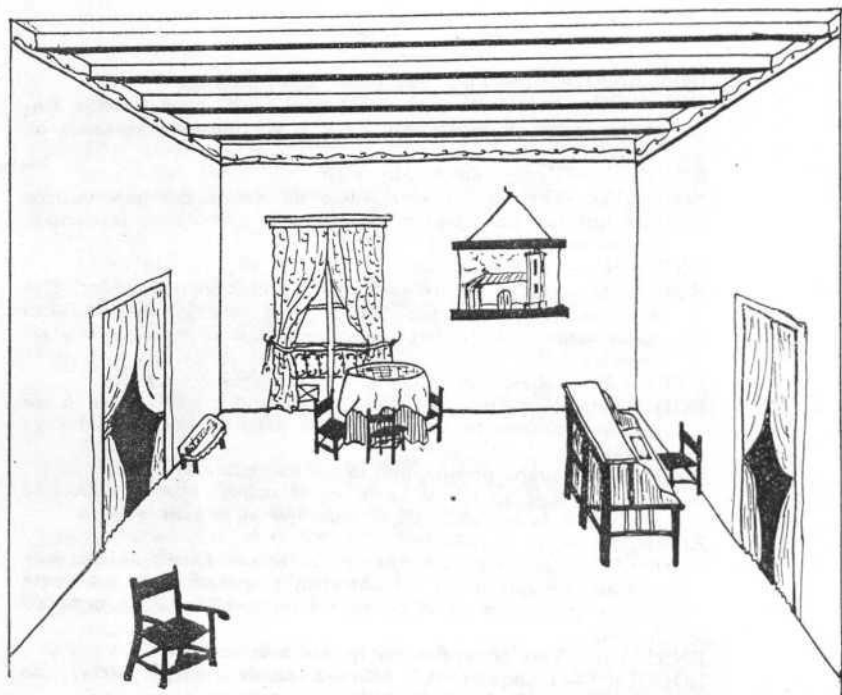
MUSICA

- JULIO.— Valladolid, siempre grande,  
pues en aulas y en campañas  
por ilustre y por valiente  
diste nombre a nuestra España.
- CORO.— Valladolid, siempre grande,  
pues en aulas y en campañas  
por ilustre y por valiente  
diste nombre a nuestra España.
- JULIO.— Valladolid, centro y alma de Castilla.  
Es adalid, en defensa de su villa.  
Por las venas de sus hombres  
corre el fuego de su honor,  
y en la frente de sus gentes  
brilla el patrio resplandor.  
Es la madre de poetas,  
de guerreros y de sabios,  
fué la cuna de patriotas  
que España lleva en sus labios.
- JULIO y CORO.— Valladolid, siempre grande,  
pues en aulas y en campañas,  
por ilustre y por valiente  
diste nombre a nuestra España.
- JULIO.— Pincia ideal; la de tierra agreste y llana;  
siempre serás la provincia castellana.  
La mejor de la llanura,  
la que enjuicia sin doblez,  
la que cifra su hermosura  
en el áureo de la mies.  
La que toma del Pisuerga  
la belleza y el encanto  
la altivez y la bravura  
que a España enaltece tanto.
- JULIO y CORO.— Valladolid, siempre grande, etc.

TELON

*(Para repetir). (La orquesta — introducción)*

- JULIO.— Valladolid; eres patria de hombres grandes  
y en buena lid; no hay provincia que te iguale.  
A tus nombres nunca olvida,  
pues venera, la nación;  
porque en doble reconquista  
demostraron su valor.  
Fuiste emporio de grandeza  
desde Ansúrez a Zorrilla,  
y de Herrera y Juan de Juni  
conservas las maravillas.
- JULIO y CORO.— Valladolid, siempre grande, etc.



## ACTO SEGUNDO

*DECORACION.*—Sala espaciosa con balcón central al foro, desde el que se ve parte de la plaza del pueblo. Dos puertas laterales, una a cada lado. Una mesa-camilla con faldas de pañete rojo junto al balcón y una mesa-escritorio en el ángulo izquierdo del foro.—Sillas de paja y sillón.

*ESCENA.*—Doña Balbina—madre de Alicia—, doña María—madre de Elvira—y Elvira—esposa de don Enrique—aparecen sentadas junto a la camilla, desde donde observan el baile que el pueblo celebra en la plaza. Alicia en el sillón, y a la mesa-escritorio simula que escribe sobre unas cuartillas que hechas bolas va arrojando al cesto de los papeles apenas escribe unas palabras. Se oyen notas de dulzaina, redoble del tamboril y cánticos.

ELVIRA.—No debe seguirse esa costumbre.

BALBINA.—Así salen luego esos bodorrios.

ELVIRA.—No diga usted, doña Balbina; que malos matrimonios han salido siempre, y son más los que se llevan a efecto por la imposición de los padres, que los de elección hecha por los mismos interesados.

BALBINA.—¡Qué sé yo! (Mirando a la plaza). Miren el burreo

que hay en la plaza... ¿Qué matrimonios saldrán de ahí?... ¡Bodorrios!... Cada vez estoy más contenta de que Alicia aborrezca eso.

MARIA.—Lo aborrece porque, en eso, no está su media naranja.  
ELVIRA.—Si tuviera ahí a su adorado tormento, no sería tan casera los días de fiesta.

BALBINA.—Pues me disgustaría que se enamorase de algún... de quien no fuese digno de ella.

*(Entra Paca y después de avanzar hasta el centro de la sala)*

PACA.—¿Hay permiso?

BALBINA.—Creo que sí. *(Encogiéndose de hombros y con socarronería)*. Pasa mujer y di lo que desees.

PACA.—Consultar una cosa a la señorita.

ALICIA.—*(Suspendiendo la escritura)*. Acércate y pregunta lo que quieras.

*(Las tres señoras siguen su conversación, señalando a la plaza)*

PACA.—¿No me regañará la señorita?

ALICIA.—¿Por qué?

PACA.—Por traerla una carta. *(La entrega la carta, que saca del pecho)*.

ALICIA.—*(Reconociendo la carta, pero aparentando lo contrario)*. ¿Y es para mí?

PACA.—No lo sé, o señorita. Pero aunque no tiene señas me parece que es del papel que usted gasta.

ALICIA.—Si que es muy parecido.

PACA.—Y huele lo mismo.

ALICIA.—¿Quién te la dió?

PACA.—La encontré en medio de la plaza mientras Rodulfo y su amo charlaban.

ALICIA.—*(Aparte)*. ¡Fanio! *(A Paca)*. Pues la educación nos enseña a hacer esto *(rompe la carta)* ya que por no estar escrito el sobre, no podemos mandársela al interesado.

PACA.—¡Eso está muy bien! ¿Manda algo la señorita?

ALICIA.—Nada más por ahora. *(Sigue escribiendo y Paca hace mutis)*.

MARIA.—Yo he pensado siempre lo contrario. Elvira no me dió noticia de sus relaciones con Enrique hasta su próxima boda. Y... ya ve usted; no podemos quejarnos...

ELVIRA.—Eramos de diferente condición, pero el cariño nos igualó. El amor no ve diferencias de clase, porque el amor no tiene sentidos; sólo tiene alma y corazón. Enrique me quería de veras y sólo pensaba en la felicidad, no en tierras ni riquezas.

BALBINA.—Hablan ustedes de Enrique... Pero, ¿cuántos hay aquí como él?... Si aquí se dejase a los chicos en libertad de elegir compañera, o compañero, cometerían los mayores desatinos. Recuerden el bodorrio de la Anselma... el matrimonio de Zoilo... el «júntate con yo» de la Exiquia..., cientos de ellos...

MARIA.—Pero bien; entre Enrique y Elvira había gran diferencia, y sin embargo, la pareja que hacen es ideal.



ALICIA.—(*Suspendiendo la escritura, pero sin levantarse*). Puede usted afirmarlo. Hacen una pareja ideal. Les envidio.

ELVIRA.—(*A Alicia*). Y tú también llegarás a ello, Alicia. No necesitas más que seguir solamente los impulsos de tu corazón, y no pararte a considerar la posición social de tu pretendiente elegido.

BALBINA.—¿Qué dices, Elvira?

ELVIRA.—La verdad, doña Balbina; no deben ponerse cortapisas al amor ni a la voluntad.

ALICIA.—¡Gracias, Elvira! ¡Cuánto bien me haces hablando así! Tú comprendes mi tormento... (*Se pone en pie*).

ELVIRA.—¿Tu tormento? ¿Qué te pasa? ¿Qué puede turbar tu felicidad de niña mimada y de buena posición?

ALICIA.—¡El!

TODAS.—¿El? ¿Quién es él?

#### MUSICA

ALICIA.— Objeto de mis amores  
es un apuesto galán  
que ignora mis sinsabores  
y mi eterno malestar.  
He pretendido que se fijara  
que yo le quiero con ilusión;  
he procurado que se enterara  
que por él late mi corazón.  
Y escribo frases de amor ardiente  
que luego el fuego ha de destruir;  
temo la burla de muchas gentes  
y ahogo la pena que hace sufrir.  
Quiero escribir una carta  
y me lo impide el pudor;  
nunca acierto a redactarla  
aunque lo manda el amor.

#### HABLADO

BALBINA.—Harás mal en escribirle, Alicia. ¿Te has vuelto loca?

ALICIA.—No estoy loca, madre. No es locura seguir los impulsos del corazón.

BALBINA.—¿Quieres decir?...

ALICIA.—Que si eso fuera locura, habría que encerrar en un manicomio a la madre que adora a sus hijos, porque da su sangre por ellos. Habría que recluir allí al verdadero patriota, porque da la vida en honor de la Patria. Habría que aislar al filántropo, porque entrega todo su ser en beneficio de sus semejantes.

BALBINA.—Pero esas no son locuras.

ALICIA.—Como tampoco lo son que una mujer declare que siente simpatía por un hombre, o que un hombre de posición encumbrada se enamore de una mujer de la llamada clase inferior.

ELVIRA.—Muy bien dicho, Alicia.

BALBINA.—¡ Pero Alicia !... ¿ Quieres decir que no debe tenerse en cuenta la posición social de las personas ? Pues recuerda esto :

« Hasta los leños del campo  
nacen con separación :  
« unos para hacer los santos  
y otros para hacer carbón . »

ALICIA.— Esa clasificación puede existir en las cosas y en los animales, porque Dios así lo dispuso... Pero en la sociedad humana, es la pedantería la que nos clasifica. Dios no establece diferencias ni categorías ; para El todos somos iguales.

ELVIRA.— Y debemos serlo.

BALBINA.— ¿ Me quieres negar que existe la clase alta, la clase media y la clase baja ?

ALICIA.— No lo niego ; es verdad que existen, y por ello me subleva la clasificación ; porque no es la inteligencia la que establece diferencias, sino lo que llamáis posición social.

BALBINA.— ¡ Pero niña !

ALICIA.— Si, madre. En la clase baja coloca esta sociedad a los desheredados de la fortuna ; a los más necesitados del apoyo de sus semejantes, de sus hermanos, como dijo Cristo, y a quienes esta sociedad, que se llama cristiana, les deja en el mayor desamparo.

BALBINA.— En este pueblo nadie pide limosna.

ALICIA.— No he terminado, calma. En la clase media se incluye al que estudia, trabaja y produce. Por eso pertenecen a ella los genios, los inventores, los artistas, los literatos, los estadistas... todos los virtuosos... los que carecen de los vicios de arriba y de la miseria de abajo. Miserias ambas.

BALBINA.— Ahí tienes precisamente...

ALICIA.— A la clase más numerosa, a la que los países deben su estimación y a la que es más castigada. Se la prohíbe descender a confundirse con la baja, y a ascender a confundirse con la alta.

MARIA.— Eso es natural.

ALICIA.— No es natural, doña María. A los de la clase media que pretendan salirse de sus costumbres y de su vida, ya tengan millones o sean pordioseros, les verán los de las otras dos como seres de otra raza y se encontrarán como satélites fuera de su órbita. Unos, los de la clase baja, les tildarán de encumbrados, incapaces de mezclarse entre ellos, y menos de adaptarse a sus inclinaciones. Otros, los de la clase alta, les rechazarán como parias y osados ; y para convivir con ellos les harán objeto de las mayores vejaciones. ¿ Es esta la sociedad que blasona de democracia y de filantropía?... Que no proteja al vago... ¡ bien ! Pero no debe consentir el abandono en que se tiene a millones de sus elementos, por sostener una estúpida clasificación social.

MARIA.— No, Alicia ; no tienes razón en tus afirmaciones. La sociedad cuida de sus semejantes, con sus hospitales, asilos, hospicios...

ALICIA.— Vana apreciación doña María :

(Con énfasis). «Fué nuestro don Juan de Robres,  
»hombre de gran corazón:  
»hizo primero los pobres  
»y después los socorrió».

MARIA.—¿Vas a negar que los establecimientos de beneficencia...

ALICIA.—¿Establecimientos de beneficencia? ¿O establecimientos de caridad para poner de manifiesto el orgullo humano? Lugares en los que figuran anunciadas con bombo y platillo las limosnas de los fatuos de mucho din y poco don, a fin de que ante ellos se descubran los ancianos de los asilos, los niños de los hospicios y los enfermos de los hospitales, y no se dan cuenta de que no les saludan a ellos, sino a su dinero, como si fueran asnos cargados de reliquias.

BALBINA.—¡Calla, hija, calla! ¡No te conozco, Alicia!

ALICIA.—Pero conoces estas palabras, madre. «No reces en público porque te vean; la oración secreta es más agradable a los ojos de Dios». Y estas otras: «Si dieres limosnas o hicieres dádivas, que no sepa tu mano derecha lo que hace la izquierda... Ten presente que nada de lo que tienes es tuyo; es de Dios que te lo ha entregado para que lo administres y lo distribuyas». ¿Se hace así? Repasad las columnas de los diarios y mirad las listas de los donantes de tal o cual suscripción... Unos figuran con cantidades irrisorias comparadas con su posición social... Otros ordenan que su nombre figure con letra más visible para que destaque su donativo y se les nombre Miembros de Honor... Y eso no es caridad... Eso es vanidad de vanidades... Así que no me hables de castas ni de clases sociales... Todos somos iguales ante Dios. Así nos considera y nos hace ser en el nacer y en el morir... Y así debemos serlo en todo.

BALBINA.—Justo; porque tú lo dispongas. (*A los demás*). No sabe lo que dice.

ALICIA.—Si sé lo que digo, madre. Que una sola es la Humanidad, creada por Dios, y debe tener una sola categoría, una sola clase, con una sola diferencia: dirigentes y dirigidos. Y esta diferencia debe establecerla solamente el trabajo y el estudio... el cultivo de la inteligencia.

MARIA.—Pero eso es imposible.

ALICIA.—Ya sé que las diferencias que establecen luchas entre el género humano, persistirán, porque es imposible hacer que la sociedad sea netamente cristiana... Porque la doctrina de Cristo es difícil de practicar... Porque impone el sacrificio por el amor de unos a otros, y no cabe en ella el desprecio al semejante... Porque nos obliga a ver en el prójimo a nuestros hermanos... Porque condena el orgullo y le declara patrimonio de los ignorantes... Porque son muchos los llamados y pocos los escogidos... Y porque no puede practicarse en una sociedad egoísta, engreída y fatua, como ésta.

BALBINA.—(*A las demás*). Hay que dejarla; cuando se pone así es mejor dejarla sola. (*Coge a doña Maria del brazo levantándose ambas*). ¿Vamos a dar un paseo?

MARIA.—Si, vamos. ¿Vienes también, Elvira?

ELVIRA.—Ahora no. Luego iré. Me quedo un rato con Alicia.  
(*Mutis de Balbina y Maria*).

MARIA.—Hasta luego.

ELVIRA.—¡Adiós! (*A Alicia que se ha sentado a su mesa, preocupada*). ¿Vas a terminar la carta?

ALICIA.—No la he comenzado aún. No acierto a redactar nada. Parece que cualquier frase destruye mi honor.

ELVIRA.—Lo mejor es insinuarse y luego buscar la ocasión de hablar con él. Lo escrito se lee.

ALICIA.—Tienes razón; procuraré hablar con él. (*Se levanta*).

ELVIRA.—¿Y quién es él?

### MUSICA

ALICIA.— Quiero borrar de mi mente  
el nombre del que yo adoro,  
y a él me lleva fuertemente  
esta pasión que deploro.

Pues mi amor es imposible, dentro de esta sociedad  
y el castigo es muy temible, si le llego a revelar.

ELVIRA.— Ya sé lo que es;  
y te ruego, amiga mía,  
que olvides ese querer...

Un amor inconfesable, nunca debes conservar.

ALICIA.—Pero le llevo en el alma y no le puedo olvidar.

¡Ah!

Sé que seré desgraciada  
y a él vuela mi pensamiento,  
creo que ya soy su amada  
siendo feliz un momento.

Elvira (*suplicante*).

ELVIRA.— Pues desecha esa quimera

ALICIA.—Mi amiga,

ELVIRA.— si es que quieres que te quiera.

ALICIA.—No me niegues tu cariño, cuando más lo he menester,  
que tengo el alma de niño. (*Baja la vista al suelo*).

ELVIRA.— Pues olvida ese querer.

Alicia.

ALICIA.— Necesito que me ayudes

ELVIRA.—Querida.

ALICIA.— a salvarme, no lo dudes.

ELVIRA.—Retrocede, que aun es tiempo  
de conservar el honor;  
que le mancha el pensamiento.

LAS DOS.—Y no le limpia el amor. ¡Ah!

### HABLADO

ELVIRA.—¿Cómo has podido alimentar una pasión que...

ALICIA.—Perdóname, Elvira; y no me niegues tu amistad ni  
el consuelo de tus palabras cuando te compadeces de mí.

ELVIRA.—Ahora sí que hay que compadecerte y ayudarte. Necesitas distracción, olvidar... dirigir los impulsos amorosos a donde puedas ser comprendida y amada. ¡Vamos a dar una vuelta por el pueblo! (*Entra Paca*).

ALICIA.—No me distrae nada más que su recuerdo. (*Paca muy afligida se ha puesto a colocar todo en orden y deja caer un plato al suelo y al intentar cogerle derriba una silla, haciendo ruido estrepitoso*)... (*A Paca*). ¿Pero qué haces, mujer?

PACA.—(*Muy compungida*). Colocando en orden todo esto.

ALICIA.—¡Ya lo veo!

ELVIRA.—¿Qué te pasa, mujer? ¿Qué cuenta te ha salido mal?

PACA.—Es que la señorita no me deja hablar con Rodolfo... y... ya ve usted, cómo nos vamos a casar sin tratarnos.

ALICIA.—Tiempo habrá para todo. Primero es la obligación.

ELVIRA.—(*A Alicia*). Bien dice tu madre... que no eres la misma siempre. Acabas de decir que aborreces la sociedad egoísta, engreída y fatua, que establece castas y clases entre seres humanos. Y tú, ¿qué haces ahora? ¿Qué haces al prohibir a Paca hablar con Rodolfo?

ALICIA.—Enseñarla a ser mujer de su casa.

ELVIRA.—No; no haces eso. Te crees superior a ella porque es tu sirviente, y te conviertes en ama en lugar de ser hermana... y creyéndote elevada a mayor categoría que ella... (*Paca da señales de aprobación*) pretendes obstruir en sus amores porque no has conseguido iniciar los tuyos.

ALICIA.—¿La vas a dar la razón?

ELVIRA.—Y te la doy al mismo tiempo a ti. Eso y más acabas de decir hace un momento. Has dicho que la sociedad, ahorreroja a sus individuos... y tú eres esa sociedad que pone obstáculos a los de clase inferior para elevarse y dignificarse... Debes permitirle que...

PACA.—¡Gracias, señorita Elvira; gracias! (*La besa la mano*).

ELVIRA.—¿Lo ves, Alicia? Así seríamos todos si la Sociedad cumpliera el mandato divino de amarse los unos a los otros.

ALICIA.—(*Emocionada y a Elvira*). Tienes razón... (*A Paca*). Tú misma señalarás la hora que desees tener libre.

PACA.—¡Gracias, señorita! (*La besa la mano*).

ALICIA.—Tenéis razón... Antes de hablar de caridad, debemos practicarla... empezando por nuestra propia casa.

ELVIRA.—¡Bien! Arreglado este asunto, daremos un paseo para que te distraigas.

ALICIA.—Nada me distrae, pero lo intentaré... ¡Vamos! (*A Paca*). Quédate mientras vuelvo; no tardaré.

PACA.—(*Muy contenta*). Si, señorita. Hoy no tengo interés en salir.

ELV. y ALI.—Hasta luego. (*Mutis de ambas*).

PACA.—Vayan con Dios. (*Encarándose con los muebles separadamente*).— ¡Apocao! ¡Quitate de ay, apocao... (*Con énfasis*). A la fuerza te tié que dar la hora de permiso... (*Con sorna*). ¡Ya, ya! Y si no te la da, se lo mando a decir al Juroo Mixto... ¡Qué miedo! ¡¡Que viene Landrú!! (*Des-*

pectivamente). ¡Fañio!... (Pausa). Te crees que too lo sabes pectivamente). ¡Fañio!... (Pausa). Te crees que tóo lo sabes y tóo lo iznoras... Crees que se arregla tó con leyes, y reuniones, y Juraos Mixtos... y así está tóo. (Pausa). ¿No lo ves, so atontao?... Ya tengo la hora pa hablar conitgo toos los días, sin disgustos y sin Juraos. No debe arreglar las cosas nadie más que los interesaos en ello... ¿Ves lo que pasa con todo ese barullo de reivindicaciones? Los ricos se hacen pobres y los pobres pordioseros... aumentan los disgustos entre amos y criados, y aumentan los paraos... Y eso es dar coces contra el aguijón... Tós los hombres sois iguales... ¡Para que se fastidie el maestro, mañana no estudio!... ¡Tonto! ¡Fañio! ¿No te acuerdas de que yo también he sido medio señorita? Pero mi padre era también de los que querían reivindicaciones, y pidió más jornal y menos trabajo, y yo, que en casa estaba mu bien y además iba a la escuela, dejé de andar a la escuela y ponerme a servir... Hicimos lo del topo... Vas al Juroo Mixto a pedir la hora para mí y me hubián dao la hora, la cuenta y la puerta... Como a los labradores que pidieron la tasa; entregaron el trigo y además de no ver los cuartos tienen la cosecha en otras manos siendo suya... (Entra Julio y observa). Y tengo el permiso, ¡Fañio!; tengo el permiso y no he perdido la casa... Además... (Vuelve la cabeza y al ver a Julio se calla sorprendida).

JULIO.—Sigue, sigue... ¿A quién amonestas?

PACA.—(Ruborizada). A Rodulfo.

JULIO.—¿A Rodulfo? (Le busca con la vista).

PACA.—Bueno; me hacía la idea de que estaba aquí y le llamaba pestes.

JULIO.—¿Qué te ha hecho? ¿Habéis tarifado?

PACA.—No, señorito. Es que decía que los del Juroo Mixto iban a conseguir que la señorita Alicia me diá permiso pa hablar yo con él una hora tóos los días. Ya vé usté que modales... Pues lo consiguió doña Elvira.

JULIO.—¿Y tu señorita?

PACA.—Me ha dao el permiso.

JULIO.—Digo que si está más asequible.

PACA.—¿Más qué?

JULIO.—Más asequible; de mejor humor.

PACA.—¡Ah! Sí, señorito... Y sin novio. Ha salido a dar un paseo con doña Elvira; no tardará en dar la vuelta.

JULIO.—(Aparte). Nos veremos... como hermanos... ¡Vendrás! (A Paca). ¿Querrás ir al estanco?

PACA.—¡Ya lo creo que sí!

JULIO.—Yo cuido de la casa mientras vuelves.

PACA.—Pero que muy bien. ¿Qué le traigo? Voy y vengo en un periquete.

JULIO.—Sin prisa, que yo no la tengo. Toma; tráeme un paquete de especiales...

PACA.—¿De especiales? (Se encoge de hombros).

JULIO.—Sí, mujer, de especiales.

PACA.—Bien, señorito. (Mutis de Paca).

JULIO.—No tengas prisa que nada tengo que hacer. (*Pasea por la sala, pensativo y toma un retrato de Alicia de la mesa de escritorio*). Tú y yo como hermanos. (*Mirando al retrato*). ¡Piénsalo Julio! No puedo ser tuya. ¡Te quiero, mas como a un hermano!... ¿Por qué me engañas?

#### MUSICA

JULIO.— ¿Por qué me engañas, Alicia amada?

¿Por qué te obstinas en afirmar,  
que sólo me amas como una hermana  
si no es verdad?

¿Por qué me finges otros amores?\*

¿Por qué me clavas ese puñal?  
¡Tú debes darme, en vez de sinsabores,  
felicidad!

Imagen que recuerdas a la que yo adoro;  
imagen que imposible te dejas besar,  
dila a tu dueña que su amor imploro,  
no el amor de hermana, el amor conyugal.

(*Hablado sobre la música*). Virgencita de Rubialejos, que jamás has desoído nuestras oraciones. Muestra a mi prima el amor que por ella siento.

(*Cantando*). Dila a tu dueña que su amor imploro;  
no el amor de hermana; el amor conyugal.

#### HABLADO

PACA.—Perdone, señorito... He tardado, ¿verdad?

JULIO.—No, mujer. Si acabas de salir.

PACA.—¡Que acabo de salir! Pero si estuve hablando un rato con Rodulfo que le hallé en el estanco...

JULIO.—Pues juraría que no habías llegado sino fuera porque me traes el paquete.

PACA.—Habrás usted estao entretenido y se le habrá pasao el tiempo como a mí.

JULIO.—En efecto, estuve hablando con tu señorita.

PACA.—¿Ya ha vuelto?

JULIO.—No; con su retrato.

PACA.—¡Cuánto la quiere usted!

JULIO.—No lo sabes bien, Paca. ¡Si pudieras ayudarme a vencerla...!

PACA.—Con mil amores lo haría, señorito; porque es usted el mejor mozo de la ribera... Pero tiene un genio su prima, que ya, ya... No es que o lo diga, pero... Y me extraña que no haya vuelto, porque no la distrae nada.

RODULFO.—(*Después de haber entrado*). ¿Se pué pasar?

PACA.—(*Encogiéndose de hombros*). Sí, hombre; no te dé vergüenza; pasa. (*Mira significativamente a Julio*).

JULIO.—Sí, hombre, sí. Entra, que te dejo el campo libre.

PACA.—¿Ya no espera usted a la señorita?

JULIO.—Es lo mismo. Parece que tarda. Volveré.

PACA.—Como usted quiera, señorito.

JULIO.—Si vuelve antes que yo, díla que estuve a verla.

PACA.—Muy bien, señorito.

JULIO.—(Saliendo). Ahí os quedáis. Hasta luego.

ROD. y PACA.—Hasta luego, señorito Julio.

PACA.—¿Has visto qué bueno es el señorito Julio?

RODULFO.—Sobre todo porque nos deja que hablemos solos.

PACA.—¡Oye! ¿Y si viene la señorita y te encuentra aquí?

RODULFO.—Tú me disculparás.

PACA.—Ya me ha dao el permiso. Una hora toos los días.

RODULFO.—Y ¿cómo fué eso?

PACA.—Poniendo cara triste o, y ayudándome doña Elvira. ¿Ves tú? Sin Jrao Mixto ni más ley que el cariño que se deben tener amos y criados.

RODULFO.—Eso es cuando los amos nos dan lo nuestro y sin coaccionar. Pero cuando nos niegan nuestros derechos...

PACA.—Pues nos desechan si lo pedimos con malos modales.

RODULFO.—Y así abusan de nosotros.

PACA.—¡Calla y no digas disparates! No empecemos.

RODULFO.—Bueno, mujer. Tú tiés toa la razón. (Al público). Si te manda tu mujer...

PACA.—Lo principal es que ya tenemos el permiso.

RODULFO.—¿Una hora diaria?

PACA.—Eso es.

RODULFO.—Ya está bien.

#### MUSICA

PACA.— Una hora tós los días  
tendremos pa pasear

RODULFO.— Y en las eras, junto a la ermita,  
¿cuántos besos me darás?

PACA.— Mira Rodulfo, si te propasas  
verás qué bofetadas llevas pa casa.

RODULFO.— No seas amisca  
ni jactanciosa  
que a las hermosas  
sienta muy mal;  
que el amor viste  
siempre de niño  
y el fiel cariño  
pide besar

PACA.—No seas fanio  
ni pretencioso  
que el jactancioso  
suele cobrar;  
que el amor viste  
siempre de niño  
y al fiel cariño  
hay que respetar.

RODULFO.— Si la moza quié a su novio  
algo le ha de adelantar.

PACA.— Pues lo que es antes de casorio  
nada mío has de lograr.

RODULFO.— Escucha, Paca, si tú me quieres,  
darás el anticipo de las mujeres.



RODULFO.— No seas arisca,  
etc. PACA.—No seas fanio,  
etc.

PACA.— Cuando un mozo quíe a una moza  
la ha de saber respetar.

RODULFO.— Y si esquivá un beso la hermosa  
se la debe castigar.

PACA.— No seas pelma, de esa manera.  
No seré yo, Rodulfo la que te quiera.

RODULFO.— No seas arisca,  
etc. PACA.—No seas fanio,  
etc.

### HABLADO

RODULFO.—Y tu señorita sin venir, menos mal.

PACA.—Y no debe hallarte aquí. ¡Vete!

RODULFO.—¿No me das un beso?

PACA.—(*Malhumorada*). ¡Vete! ¡Vete ya! ¡Que viene la señorita!

RODULFO.—Claro; habrá ido a ver a don Enrique y no le encuentra en el baile... Ha quedao en la botica...

PACA.—¿A ver a don Enrique?

RODULFO.—¡Schs! A don Enrique, que por lo visto es su imposible amor... ¡Pobre señorito Julio!...

PACA.—¡Que no inventes, Rodulfo! ¡Mira que lo que dices es mu delicao!

RODULFO.—No invento. ¿Pa qué era la carta entonces?

PACA.—¿Qué carta?

RODULFO.—Una carta que me dió tu señorita pa mi amo y que tú debiste coger cuando me se cayó. En ella le diría que le quiere (*con sorna*), que es su tormento, que...

PACA.—¡Calla y vete! No hables en balde; que los mu leídos sois temibles. ¡Vete, vete! (*Entra Alicia*).

ALICIA.—(*Entrando*). ¡Bien, bien! ¡Muy bonito! ¿Para qué queréis una hora al día, si os dais cita en mi propia casa?

RODULFO.—Ya me iba, señorita.

ALICIA.—¿Y a qué has venido?

PACA.—Pues ha venido...

ALICIA.—Se lo preguntó a él. ¿A qué has venido?

RODULFO.—He venido... (*Aparte*). ¿A qué he venido yo? (*A Alicia*). He venido a... sí, eso es; a buscar a mi amo.

ALICIA.—Eso se pregunta desde la puerta.

PACA.—Es que el señorito Julio la dejó abierta.

ALICIA.—¿Qué quería el señorito Julio?

PACA.—Hablar con usté. Salió porque tardaba la señorita... Está el pobre más triste... Y cómo la quiere a la señorita...

ALICIA.—(*A Rodulfo*). ¿Y tú, qué esperas?

RODULFO.—(*Asustado*). Nada, señorita; si ya me voy. (*Inicia el mutis*).

PACA.—(*A Alicia*). Ahí ha estado un rato besando el retrato de usté y llorando de emoción.

- ALICIA.—(*A Rodulfo*). ¡Que te vayas, hombre!
- RODULFO.—Sí, señorita. (*Avanza hacia la puerta despidiéndose por señas de Paca y al salir se da un encontronazo con don Enrique, que entra a la vez que él sale*).
- ENRIQUE.—¿Dónde vas, hombre; ¿no ves? ¿Qué haces aquí?
- RODULFO.—Vine a buscarle.
- ENRIQUE.—¿Qué ocurre?
- RODULFO.—Vine a preguntarle si voy preparando jarabe simple.
- ENRIQUE.—Tú si que eres simple. Corre a la botica.
- RODULFO.—Voy volando, sí señor. (*Mutis de Rodulfo hacia la calle*).
- ALICIA.—(*A Paca*). Y tú, pasmada, a preparar para la cena.
- PACA.—(*Solicita*). Sí, señorita. (*Mutis a las habitaciones*).
- ENRIQUE.—¡Qué chicos! ¿No estaba aquí Elvira?
- ALICIA.—Sí. Salíó a dar una vuelta conmigo y la he dejado con las mamás.
- ENRIQUE.—Pues voy en su busca. (*Inicia el mutis*).
- ALICIA.—Y no las encontrarás en la plaza. No tardarán en venir.
- ENRIQUE.—¿Dónde las dejaste?
- ALICIA.—Junto a la ermita de San Sebastián, pero dudaban si subir por el Pradillo o continuar hasta la ermita del Cristo de las eras. Mejor es que esperes.
- ENRIQUE.—¿Quieres que te haga compañía, no es eso?
- ALICIA.—Me servirá de gran consuelo.
- ENRIQUE.—Entonces me quedo. Y a ver, ¿qué me vas a contar?
- ALICIA.—Muchas cosas.
- ENRIQUE.—Venga una. (*En tono alegre y familiar*).
- ALICIA.—Que Julio pretende hacerme su esposa.
- ENRIQUE.—¡Hola! ¿Esas tenemos? ¡Mira qué callado se lo tenía la interesada!
- ALICIA.—Si yo no lo sabía.
- ENRIQUE.—Y te habrá producido orgullo, satisfacción, gran alegría...
- ALICIA.—Al contrario: me ha llenado de tristeza.
- ENRIQUE.—¿Pues, y eso?
- ALICIA.—Porque amo a otro, que aún no se ha fijado en mí.
- ENRIQUE.—¡Tonterías! Julio es el que más te conviene. Buen muchacho, estudioso, distinguido, con brillante porvenir...
- ALICIA.—Pero no es el elegido por mi corazón. Yo amo a un imposible.
- ENRIQUE.—¡Alicia! Te dije en la plaza que abandones la quimera.

#### MUSICA

- ALICIA.— Frágil vaso la mujer  
puesta en manos de Cupido,  
es ciega para el querer  
y el amor borra todos sus sentidos.
- ENRIQUE.— ¿Y de quién se ha enamorado  
esta paloma torcaz?

- ALICIA.— De un caballero casado  
que de amarme es incapaz.
- ENRIQUE.— No seas loca,  
piensa que ese amor es imposible.  
Al cielo invoca  
que te libre de ese crimen tan horrible.
- ALICIA.— ¿Qué me aconsejas?
- ENRIQUE.— Pues que olvides ahora mismo esa ilusión.
- ALICIA.— ¡Si yo pudiera...!
- ENRIQUE.— Lo consigues no alentando esa pasión.
- ALICIA.— Es que le quiero,  
es que en mi pecho va conmigo por doquier;  
por su amor muero,  
y este amor aumenta el odio a su mujer.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

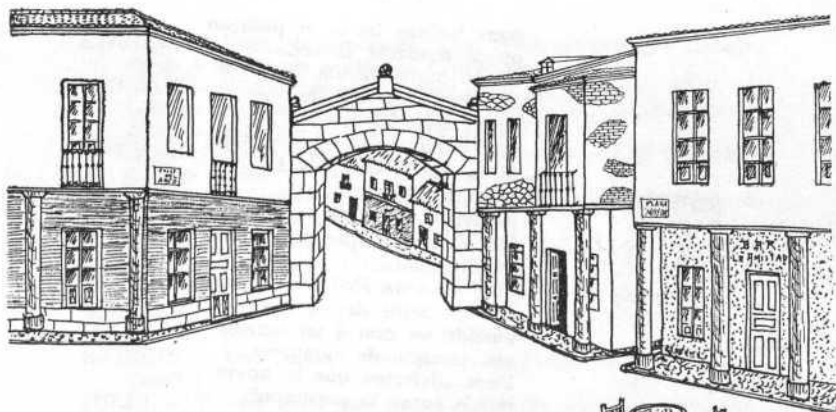
ENRIQUE.— ¿Se puede saber quién es él?

ALICIA.— *(Después de una pausa y bajando la vista, pero acercándose a él)*. ¡Tú!

CANTADO

- ENRIQUE.— ¡No puede ser!  
Si un impulso te dirige a do no debas entrar.
- ALICIA.— ¡Oh! ¡Quiéreme!
- ENRIQUE.— Nunca abrigues esperanzas de vana ilusión lograr...  
ALICIA.— ¡Amame!
- ENRIQUE.— Porque te arrepentirías de un ligero proceder.  
Nadie te perdonaría el daño que ibas a hacer.
- ALICIA.— Yo no soy la responsable que mi amor sea cual es.  
*(Acercándose a Enrique y poniéndole una mano en el hombro)*  
¡Quiéreme, por favor!
- ENRIQUE.— ¡No puede ser!...
- ELVIRA.— *(Entrando)*. Ello no sería amor...  
ENRIQUE.— A tiempo llegas, Elvira amada  
carece Alicia de razón.
- ELVIRA.— Hace un momento que la escuchaba  
y esto anunciaba mi corazón.
- ALICIA.— Yo te juro, amiga mía,  
que me arrepiento,  
que olvido el amor infame  
de mi tormento.
- ENRIQUE.— Ya llegas tarde  
ELVIRA.— Ya llegas tarde.
- EN. y ELV.— Eres la mala amiga  
que se hace odiable. *(Se abrazan y quedan mirándola)*
- ALICIA.— ¡Oh, Dios mío, qué tortura,  
qué suplicio, qué dolor! *(Inician el mutis En. y Elv.)*  
¡Qué incesante es la amargura  
que da el amor!
- EN. y ELV.— ¡Adiós! *(Mutis de Elvira y Enrique)*.

TELON



## ACTO TERCERO

### CUADRO PRIMERO

*DECORACION.—La misma del acto primero.*

*ESCENA.—Tío Casto y Tamborilero están sentados junto al velador del bar, sobre el que habrá dos bocks de cerveza. Mujeres salen de misa y cruzan la escena en grupos de dos o tres en animada conversación que no se entiende. Más tarde forman corrillos para criticar de Alicia.*

CASTO.—(A Tamborilero). Sí, hombre, sí. ¿Pero no te enteraste?

TAMB.—No sé nada. ¿Qué fué ello?

CASTO.—Ya habrás notado que Alicia no salía al baile desde hace tiempo.

TAMB.—Sí que me extrañó no verla los domingos.

CASTO.—Pues era que se quedaba en casa, porque la familia de los boticarios se pasaba los domingos viendo el baile desde su balcón y luego dar un paseito las mamás.

TAMB.—¿Y eso qué tié de particular?

CASTO.—Que Alicia le miró con buenos ojos a don Enrique y... le pidió relaciones el domingo pasao.

TAMB.—¡Andá! Y menudo caramillo se habrá armao.

CASTO.—¡Figúrate tú!

TAMB.—¿Cómo se ha sabido?

CASTO.—Pues porque doña Elvira les sorprendió forcejeando...

TAMB.—¿Cómo?

CASTO.—Discutiendo, hombre.

TAMB.—¡Ah, ya!

CASTO.—Y puso el grito en el cielo. Alicia quería que la quisiera don Enrique y él la reñía y la afrentaba por ponerse así, cuando llegó doña Elvira. Excuso decirte...

TAMB.—Si ya he dicho yo que estas ideas nuevas nos van a traer algo gordo.

CASTO.—¿Dónde se ha visto tal desparpajo?... Te digo que...

EUGENIA.—Buenos días, pareja.

CASTO y TAMB.—Buenos días, tía Ugenia. ¿Se sale de misa?

EUGENIA.—Eso es, de misa. ¿Y vosotros, judíos, la habéis perdido?

CASTO.—Hemos llegado tarde.

EUGENIA.—Se madruga más. En cambio habréis estado criticando, ¿no?

TAMB.—Estábamos comentando el suceso del día... ¡como no tenemos prensa diaria...!

EUGENIA.—¡Hay que ver! ¿eh? ¡qué chicas! (*Se van acercando algunos grupos de mozas y mozos*). ¡Miá que!... Pa que luego digan de las demás.

CASTO.—Y menos mal que no ha pasao nada malo.

EUGENIA.—¿Te parece poco querer poner a mal a un matrimonio?

CASTO.—Pero no han sido más que palabras.

EUGENIA.—Por ahí se empiezan los hechos... Y sabe Dios si... porque tantos paseos a la botica... y tantas reuniones en casa de doña Balbina... puede que...

UNA MOZA.—Miá la mosquita muerta, cómo ha salido.

EUGENIA.—(*Con sorna*). Debía estar mu malita, pues tós los días iba lo menos ocho veces a la botica... a por algo.

UNA MOZA.—Sería para verle al boticario. ¡Miá que enamorarse de un casao! Eso es lo último.

EUGENIA.—Y que lo digas, chica. Tropicazos les pué tener cualquiera, pero honradamente.

CASTO.—¡Bueno, bueno! Que eso no os lo habrán enseñao en misa.

EUGENIA.—A mí no me gusta criticar, pero de algo hay que hablar.

CASTO.—Y mientras desuellas al prójimo, se te pega el puchero.

UNA MOZA.—La defiende usted porque es ella... ¡Si hubíamos sido una de nosotras...!

CASTO.—Lo haría igual. Hay que ayudar a levantar al caído y no pisarle encima. (*Atraviesa doña Balbina la escena, dirigiéndose a su casa*).

TAMB.—¡Schs! (*A Casto*). ¡Doña Balbina, ealla! (*Todos la miran*).

BALBINA.—¡Buenos días!

TODOS.—¡Buenos días!

EUGENIA.—La acompaño al sentimiento.

BALBINA.—¿Por qué?

EUGENIA.—¿Por qué va a ser? Por lo de la chica.

BALBINA.—¿Y vienes de misa? ¿O has puesto una vela a Dios y otra al diablo?... Pues ten presente que al que escupe hacia arriba, le cae en la cara.

EUGENIA.—Lo que ha hecho la señorita, ¿está bien hecho?

BALBINA.—Pero pueden pronto hacerlo tus hijas, y más grave.

- EUGENIA.—No me gusta murmurar, sino... ya la diría yo.  
(*Mutis de Eugenia*).
- BALBINA.—(*A todos después de breve pausa*). ¡Buenos días!  
(*Mutis. Entra en su casa*).
- CASTO.—Se terminó el paño; basta de trajes. (*A los mozos y mozas*.) ¿A qué hora empezamos esta tarde? Ya sabéis que los días van siendo más cortos y hay que acabar antes.
- UNA MOZA.—¡O después! Hoy se amonestó la Paca y hay que celebrarlo.
- UN MOZO.—Y a Rodulfo hay que sacarle la cantarada. (*Ve a Paca y Rodulfo venir antes de que lleguen a la plaza*). Aquí viene la pareja.
- RODULFO.—Buenos días, muchachos.
- PACA.—Buenos días.
- UNA MOZA.—Así les tenga la feliz pareja.
- UN MOZO.—Buenos para vosotros.
- RODULFO.—¿De qué tratábais?
- UN MOZO.—De que tiés que pagar la cantarada.
- RODULFO.—Eso ya no se estila en los pueblos civilizados.
- UN MOZO.—¿Entonces?
- RODULFO.—Se celebra la despedida de soltero y el novio convida a una merienda a todos los mozos que sean amigos suyos.
- UN MOZO.—Pues para hoy es tarde.
- RODULFO.—No hay día más cerca. Después del baile, a la bodega del tío Caracho.
- TODOS.—¡Viva Rodulfo!...
- RODULFO.—¡Viva! ¡Y que viva Paca!
- MOZAS.—¡Viva!

MUSICA

(*Forman un corro los mozos teniendo a Rodulfo en el centro, y las mozas otro con Paca dentro*)

- MOZOS.— La enhorabuena  
te dedican, Rodulfo, los mozos de Villabuena.
- MOZAS.— Con alegría  
te festejan, amiga las mozas en este día.
- RODULFO.— ¡Gracias, muchachos!
- PACA.— ¡Gracias, mocitas!
- ROD. y PACA.— No olvidemos que mucho nos quiere  
quien felicita.
- MOZAS.— Cuando vayas a casarte  
vete del brazo del novio,  
porque incluso la madrina  
puede estorbar el casorio.  
De su brazo, ve con él  
al Juzgado y al altar;  
no te fies de la amiga  
que aunque sea preferida  
te le puede arrebatarse.
- MOZOS.— Cuando vayas a casarte  
no dejes sola a la novia,

pues incluso hasta el padrino  
puede deshacer la boda.  
De tu brazo llevá  
al Juzgado y al altar;  
no te fíes del amigo  
que aunque sea el preferido  
te la puede conquistar.

RODULFO.—

¡Gracias, muchachos!

PACA.—

¡Gracias, mocitas!

ROD. y PACA.— No olvidemos que mucho nos quiere  
quien felicita.

*(Deshacen los círculos y avanzan Rodulfo y Paca hacia la batería)*

RODULFO.—

Los consejos del amigo  
cuando va uno a ser marido  
son siempre de agradecer.  
Pues advierten que la novia  
puede hacer la persimonia  
sin ser firme su querer.

MOZOS.—

¡Eso es! ¡eso es! ¡eso es!

PACA.—

No me incomodo, pues ya sé  
que nosotras, las mujeres,  
llevamos las de perder.

ROD. y MOZOS.—

Cuando vayas a casarte, etc.

PACA y MOZAS.—

#### HABLADO

MOZAS.—¡ Viva el novio!

MOZOS.—¡ Viva la novia!

*(Tío Casto y el Tamborilero se sientan otra vez al velador y piden  
cerveza que les sirve un camarero)*

RODULFO.—*(A los mozos)*. ¿Vamos hasta las bodegas?

MOZOS.—Andando.

PACA.—Y nosotras a las labores. ¡Hasta la tarde!

MOZAS.—Hasta la tarde. *(Mutis de mozos y mozas. Paca entra  
en casa de Alicia)*.

TIO CASTO.—¡ Qué contraste! *(Señalando a la casa de Alicia)*.

Dos mozas viven ahí... Una con amores contrariados y otra...  
rebotante de felicidad. Así es la vida.

TAMB.—Y mientras, el pobre Julio...

TIO CASTO.—Ya está enterao de todo y piensa volver a la carga.

TAMB.—Hará bien, pues si le gusta... el que la sigue la mata.

TIO CASTO.—El campo tié libre. Pues Alicia pidió perdón a doña  
Elvira y dijo que borraba de su imaginación a... Aquí viene  
don Enrique.

TAMB.—Invítale, a ver si nos cuenta algo. *(Entra en escena don  
Enrique)*.

TIO CASTO.—Buenos días, señor boticario. ¿Usted gusta?

ENRIQUE.—Muchs gracias, Casto. *(Se acerca al velador)*.

TIO CASTO.—¿Qué cuenta, don Enrique?

- ENRIQUE.—Nada de particular. Que se ha amonestado mi ayudante y andan de juerga los mozos con él.
- TIO CASTO.—Aquí han estao todos hace un momento. Hacia las bodegas han tirao. (*Pausa, bebe*). ¿Se le pasó ya el disgusto? (*Señala al hablar el balcón de Alicia*).
- ENRIQUE.—No me lo recuerdes, hombre, no me lo recuerdes. (*Entra Julio*).
- JULIO.—(*A Enrique*). ¿No me lo recuerdes? ¿Y no fuiste tú quien dió lugar a ello?
- ENRIQUE.—Te aseguro que no.
- JULIO.—Los desatinos de las mujeres son siempre preparados por los hombres.
- ENRIQUE.—¡Julio, te juro!...
- JULIO.—No jures, que te vas a condenar.
- ENRIQUE.—Ten calma, escucha... (*Se ponen en pie Casto y Tamb.*)
- JULIO.—¿Y eres tú el que me pide que te escuche? ¿No comprendes aún que te he esperado a que salieras de la iglesia para... (*Amenaza estrangularle y Casto y Tamb. lo impiden*).
- CASTO.—¡Julio! Los hombres discuten y se dan a razones pero no pelean.
- JULIO.—(*Más calmado*). Tiene usted razón, tío Casto... Perdona Enrique... Te escucho.
- CASTO.—¡Así deben ser los hombres! (*Le sueltan*).
- ENRIQUE.—Perdonado. Comprendo tu amargura y no me has ofendido, créeme.
- JULIO.—Gracias, Enrique. (*Le abraza*).
- CASTO.—(*A Tamb.*) ¿Vamos a ver qué hacen los mozos?
- TAMB.—No está mal pensao. ¡Vamos!
- CASTO.—Ahí se quedan ustedes.
- ENRIQUE.—¡Hasta luego! (*Mutis de Casto y Tamb.*) ...¿Y qué piensas hacer?
- JULIO.—Volverme a Valladolid, sin saber hasta cuándo... Esta Alicia ha destrozado mi corazón...
- ENRIQUE.—¿No intentas abordarla de nuevo?
- JULIO.—¿Para qué? A mí me considera hermano suyo.
- ENRIQUE.—Puede haber variado su modo de pensar.

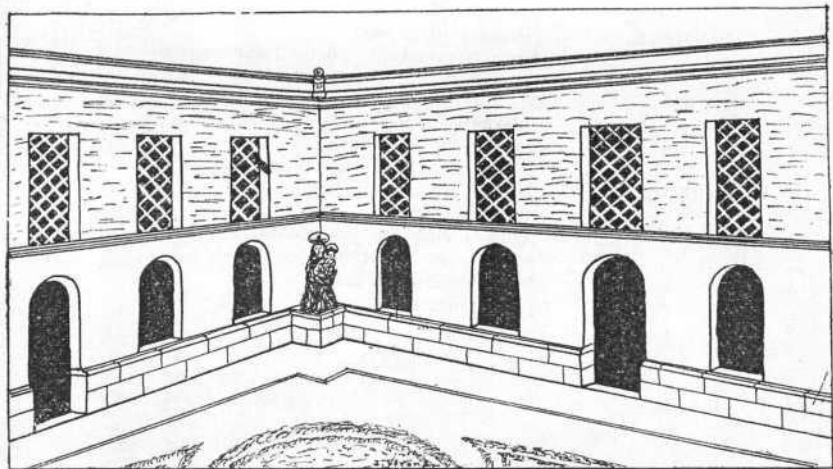
#### MUSICA

- JULIO.— El domingo me dijo que me quería,  
y que nunca esperase que fuera mía:  
que el amor a otro hombre  
con loca pasión,  
dirigía el impulso de su corazón.
- ENRIQUE.— Nada te impide que la requieras;  
consultarla, otra vez, es humano.
- JULIO.— ¡Si me atreviera!...  
Afirmó que cual a hermano  
solamente me considera.



- ENRIQUE.— ¡Prueba otra vez!  
Con lo sucedido, puede haber variado  
de parecer.
- JULIO.— Me alientas una esperanza  
de poderla convencer,  
renace mi confianza  
de alcanzar ese querer.
- ENRIQUE.— Así la he aconsejado  
sin sospechar tu ilusión.
- ENR. y JULIO.— ¡Qué dichoso es ser amado  
cuando se han igualado  
los efluvios del amor!  
¡Del amor!

TELON



## ACTO TERCERO

### CUADRO SEGUNDO

*DECORACION.*—Gran jardín de un convento.—Al fondo, la perspectiva de un patio-jardín de un convento de Valladolid, en cuyo claustro comienza la clausura. Columnas y arcadas que se pierden entre el rompimiento.—Una imagen de la Virgen estará pintada entre dos arcadas del joro.

*ESCENA.*—Alicia, vestida de novicia, traje negro y toca blanca, pasea despacito, leyendo y meditando.—Detrás de ella, dos monjas tocadas de negro pasean y meditan. Las tres llevan libros de rezos en la mano. Dentro se oye música de órgano y coro sin palabras acompañado por la orquesta. Terminado el coro, se colocan las monjas a la izquierda mientras Alicia sigue leyendo en su breviario y paseando lentamente.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—Ya está reconciliada Sor Pilar con su pobrecito corazón.

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Cuando con fervor se pide algo al Buen Jesús, lo concede siempre. Y Sor Pilar lo pidió con fe.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—Es verdad, madre; pero ¿cuántas tribulaciones no hemos sufrido hasta convencernos de que la vida perfecta es ingresar en la comunidad?

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Y venir aquí, en donde no hay orgullo, ni vanidad, ni deseos de mando, ni bajas pasiones... ni envidias; ni rencores.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—Donde está el verdadero amor.

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Porque aquí está el amor del que todo lo dió por la Humanidad. El amor del que siendo omnipotente quiso sufrir torturas por salvar a los que de El blasfeman.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¿Y Sor Pilar?...

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Sor Pilar fué iluminada por Jesús cuando estaba al borde del abismo.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¿Tan mal la fué en el mundo?

MONJA 2.<sup>a</sup>.—La tentó el demonio.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¡Jesús! (*Se santiguan las dos*).

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Nació en buena cuna y fué destinada por su señor padre para esposa de su primo Julio, un gran joven, estu-  
dioso, prudente, listo, muy educado...

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¿Cómo conoce la madre a la familia de Sor Pilar?

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Yo también soy de Villabuena.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¡Es verdad!... Pero ya lleva la madre muchos años aquí. ¿No?

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Bien. Pero mis paisanos me hacen muchas visitas y me cuentan todo... Lo que deben y lo que no deben decir.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¿Y la tentación de Sor Pilar?

MONJA 2.<sup>a</sup>.—De Alicia, madre. En el mundo se llama Alicia.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¡Y bien, madre!

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Murió su padre, y el de Julio, sin que ninguno la adviritera ese deseo; y el demonio (*se santiguan las dos*) la inclinó el corazón hacia don Enrique, el farmacéutico.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—Pero eso no tiene que...

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Don Enrique es el esposo de la hija de mi madrina.

MONJA 1.<sup>a</sup>.—¡Jesús, Jesús!

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Julio la quería por esposa, pero al reconocer Alicia su pecado, ha renunciado al mundo y sigue viendo en Julio a un hermano suyo. (*Alicia cierra el libro y va a reunirse a las monjas*).

MONJA 1.<sup>a</sup>.—Sor Pilar se acerca, madre.

MONJA 2.<sup>a</sup>.—(*A Sor Pilar*). ¿Terminó ya el rezo, hija mía?

SOR PILAR.—Sí, madre; y continuaré de nuevo. El rezo me transporta a un lugar delicioso... Fuera de este mundo.

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Del mundo que vais a abandonar; ¿no es cierto?

SOR PILAR.—Sí, madre; del mundo que voy a abandonar y del que sólo recuerdo dolores, torturas, desengaños...

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Y satisfacciones, Sor Pilar.

SOR PILAR.—¿Satisfacciones, madre?

MONJA 2.<sup>a</sup>.—Sí, hija mía, satisfacciones. También el mundo da satisfacciones. Pues, ¿qué es, sino lo que el alma humana experimenta, cuando hace el bien, sin pensar en quién ha de recibirle?

SOR PILAR.—En efecto, madre; la mayor alegría es esa... pero la experimentan pocos, desgraciadamente... Hoy se practica el bien de modo distinto... no por la satisfacción del deber cumplido, sino por vanidad, por orgullo, por querer presentarnos ante los demás mejores de lo que somos en realidad. ¡Vanidad, pedantería, orgullo, maldad!

MONJA 2.<sup>a</sup>.—¡Vamos, Sor Pilar! Hay que ser indulgentes y perdonar a todos...

- SOR PILAR.—Sí, madre. Ya he perdonado todos y sólo espero que Dios me perdone el pecado que iba a cometer.
- MONJA 2.<sup>a</sup>.—Dios perdona al que se arrepiente. Pronto conocerá Sor Pilar cuál es el verdadero amor. Continúad la meditación.
- SOR PILAR.—¡Sí, madre! (*Mutis de las monjas por la derecha*). (*Leyendo mientras la orquesta entona, pianísimo, una melodía religiosa*). «Al que la tierra y cielos, revisten de hermosura; desnuda, gente impura, y dale amarga hiel. Esa hiel es el fruto de mis torpes maldades. ¡Jesús, que a tus bondades desde hoy no sea infiel!» (*A la imagen pintada de la Virgen*).

#### MUSICA

- SOR PILAR.— Dulcisima Virgen, Madre mía,  
que sabes leer en mi corazón,  
prestándome ahora tu valía  
consérvame firme la vocación.  
Haced que Julio olvide  
sus vanas pretensiones,  
pues las bajas pasiones  
a tiempo rechazé, y así mi alma se redime.  
Que mi primo abandone  
aquel fuerte deseo de mi amor,  
que mis labios pronuncien oraciones  
de amor y sumisión al Redentor.  
Redentor... Redentor.  
Haced que Julio olvide  
aquel fuerte deseo de mi amor.

#### HABLADO

- SOR PILAR.—No se aparta de la imaginación mi primo. (*Pausa*).
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—(*Entrando por la izquierda*). ¡Sor Pilar! Tiene visita. ¿Quiere recibirla?
- SOR PILAR.—¿Visita? ¿Será mi madre?
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—No;... no es su madre. Ha dicho que se llama Paca.
- SOR PILAR.—¿Paca? ¡Pobrecilla; cuánto la hice sufrir! ¿Me habrá perdonado?
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—¡Claro que sí, Sor Pilar! Nadie la guarda rencor.
- SOR PILAR.—¿Y puedo recibirla?
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—Esto no es clausura. La clausura empieza ahí. (*Señalando al foro*). Y mientras no hagáis votos solemnes podéis recibir aquí a quien autoricéis la entrada. Aún no habéis abandonado el mundo definitivamente.
- SOR PILAR.—Pues permítala pasar.
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—¿Y al joven que la acompaña?
- SOR PILAR.—¿Qué señas tiene?
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—Rodulfo, dice que es su nombre.
- SOR PILAR.—¡Ah; el pobre! Que pasen los dos.
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—Voy a hacerlos pasar.

- SOR PILAR.—¡Pobres!... ¡Nos tiene que dar una hora diaria!... ¡Y si no al Jurado mixto!... ¡Qué buenos son!
- MONJA 3.<sup>a</sup>.—(Con la cara tapada y por donde entró y salió). Pasen ustedes por aquí. (Mutis de monja 3.<sup>a</sup> al tiempo que entran Rodulfo y Paca).
- PACA y ROD.—(Desde la entrada). ¡Señorita!...
- SOR PILAR.—¡Venid! ¡Acercaos; buenas gentes!... ¿qué os trae por aquí?
- PACA.—Pues que venimos a por las galas y dije, digo, lo primero es ver a la señorita.
- SOR PILAR.—¡Cuánto os lo agradezco! ¿No me guardáis rencor?
- RODULFO.—(Suplicante). ¡Señorita!... La hemos estimado siempre...
- SOR PILAR.—Ya lo sé, Rodulfo, ya lo sé.
- PACA.—Y de mí, señorita, no tendrá queja...
- SOR PILAR.—No, mujer; no tengo queja de nadie... ¿Qué hay por el pueblo? ¿Hay algo nuevo?
- PACA.—Nada, señorita; tó está lo mismo.
- SOR PILAR.—¿Os han hecho muchos regalos?
- PACA.—Casi tó el ajuar de casa. Su mamá me ha regalao la batería de cocina.
- RODULFO.—Y la cama.
- PACA.—(Le da un codazo a Rodulfo y dice rápidamente). Doña María me ha compraó una mantelería y la vajilla.
- RODULFO.—Y el señorito Julio nos ha mandao la mesa del comedor.
- SOR PILAR.—¡Pobre Julio! (Aparte). Y siempre pensando en él. (A Rodulfo y Paca). ¿Sigue en el pueblo?
- RODULFO.—No, señorita. Ya hace días que vino definitivamente a Valladolid a su consulta. Hoy le hemos visto y nos ha ha dicho que vendrá a verla a usted.
- SOR PILAR.—Y no le recibiré.
- PACA.—¡Pobre señorito Julio!... ¡Cuánto la quiere a usted!
- SOR PILAR.—¡Calla, Paca!
- RODULFO.—No le haga usted sufrir tanto... ¡Recíbale!
- PACA.—Se moriría de pena si no le recibe. Quiere despedirse de su hermana antes de que abandone el mundo.
- RODULFO.—Con lo que la quiere el señorito. Ya está convencio de que usted no pue ser de él, pero eso no quita pa que quiera despedirse de usted.
- SOR PILAR.—(Aparte). ¡Dios mío; otra nueva prueba! ¡Dadme fuerzas para resistirla!...
- PACA.—¿Le decimos que pida permiso para entrar?
- SOR PILAR.—(Asombrada). ¿Pues dónde está? .
- PACA.—Esperando fuera del convento.
- SOR PILAR.—¿Y habéis sido vosotros?... ¡Qué buenos sois!... Decidle que sea prudente y que pase... ¡Valor, Dios mío!
- PACA y ROD.—(Saliendo). ¡Adiós, señorita! ¿La volveremos a ver?
- SOR PILAR.—(Mirando al cielo). ¡Sí; allí!

- PACA y ROD.—¡ Adiós, señorita! (*Hacen mutis cabizbajos*).
- SOR PILAR.—¡ Pobre Julio! (*Fingiéndolo tenerle delante*). ¿Por qué te obstinas en pretender lo imposible? ¡No te mereces el sufrimiento a que tú mismo te condenas!
- JULIO.—(*Entrando por donde salieron Paca y Rod.*) Infundes respeto con esos hábitos.
- SOR PILAR.—También a mí me le infunden. Pero predicen una futura tranquilidad.
- JULIO.—¿Crees que así serás feliz?
- SOR PILAR.—Solamente así. A mayor perfección, mayor felicidad.
- JULIO.—¿Mayor perfección?
- SOR PILAR.—¡Claro está que sí! Lo que hace imperfecto al hombre es el contacto con sus enemigos que fingen ser amigos. Uno de los mayores enemigos es el mundo en el que ha de vivir, y ese está lleno de vicios, pasiones inconfesables, orgullo mal entendido...
- JULIO.—¡Alicia, pero!...
- SOR PILAR.—¡Sor Pilar, querrás decir!... ¡Alicia ha muerto! La vida fuera del mundo es la verdaderamente feliz.
- JULIO.—(*Con gesto de duda*). Así será, puesto que tú así lo decides. Pero no te das cuenta de lo que me contraría. Por caridad te ruego que pienses en mi tortura y te apiades.
- SOR PILAR.—¡Julio!... (*Hace señas para que Julio repare en sus hábitos*).

MUSICA

- JULIO.— Ignoras que yo en ti siempre pensaba,  
y que si por la calle paseaba  
apenas percibía  
otro ruido que tu aliento, Alicia mía.
- SOR PILAR.— No esperes, Julio, que otra vez te escuche,  
si sigues invocando aquel pasado;  
el hábito que ves, es el estuche  
de un ser que a Dios entero se ha entregado.
- JULIO.— Pensaba sólo en tí, niña preciosa. (*Intenta acercarse y ella esquiva*).
- SOR PILAR.—¡Vete ya, déjame!
- JULIO.— Por ti yo suspiraba a cada instante  
diciendo: ella será mi fiel amante.
- SOR PILAR.— No puedo consentir,  
no puedo tolerar  
oírte hablar así.  
te debes retirar...  
Si reparas en mí  
me habrás de respetar.  
(*A la Virgen*).
- ¡Virgencita, ilumina  
su frente con tu luz clara y divina!  
(*A Julio*).

Al mundo, a sus pompas renuncié...  
¡vete ya! Te suplico, ¡olvidame!

JULIO.—(*Calmado*). No quiero destruir  
tu firme decisión,  
y aunque me haga infeliz  
esta separación,  
te diré que siempre fuiste para mí  
la mujer que me infundió loca pasión.

LOS DOS.—*Ella*.—No puedo consentir    *El*.—No quiero destruir  
que tal conversación                    tu firme decisión  
la sigas ante mí;                            y bien me hace infeliz  
es otra mi ilusión.                        esta separación.

#### HABLADO

MONJA 3.<sup>a</sup>.—(*Acercándose sigilosa a Sor Pilar*). La madre superiora me envía a decirnos que este joven ha debido salir ya hace unos minutos.

JULIO.—Perdóneme, madre; yo fui quien la retuve. Las despedidas son siempre tristes y en este caso...

MONJA 3.<sup>a</sup>.—Lo comprendo, pero...

SOR PILAR.—Ya nos despedíamos, madre; Julio ya se iba.

JULIO.—(*Iniciando el mutis*). Cuando la madre indique.

MONJA 3.<sup>a</sup>.—¡Muy bien! ¿Vamos?

JULIO.—¡Adiós, Alicia! (*Mueve la cabeza en sentido negativo*).  
¡Adiós, Sor Pilar!

SOR PILAR.—¡Adios! (*Mutis de Julio y monja 3.<sup>a</sup>*).

#### MUSICA

(*Recitado sobre la música*)

SOR PILAR.—¡Qué bien se ve la vida  
desde aquí!  
Cierto es que al mundo estorba  
la razón.  
Tan sólo aquí se logra  
ser feliz.  
Viéndose conseguida la ilusión  
de amar,  
que ansía siempre el corazón;  
aquí nunca se llega al fin  
del amor.

---

De igual modo que el río  
discurre hacia la mar,  
y los cuerpos a tierra  
por la gravedad.

camina ya mi alma  
a la perfección;  
pues noto los impulsos  
de una vocación.  
Aquí sólo se espera  
la felicidad;  
por ella vive y reza  
la comunidad.

---

(Cantado)

¡Qué bien se ve la vida desde aquí!  
¡Cierto es que al mundo estorba la razón!  
Tan sólo aquí se logra ser feliz,  
viéndose conseguida la ilusión  
de amar  
que ansía siempre el corazón;  
aquí nunca se llega al fin  
del amor.

TELON





FOR PEARL  
CRUISE IN THE ACTS

**3 pesetas**